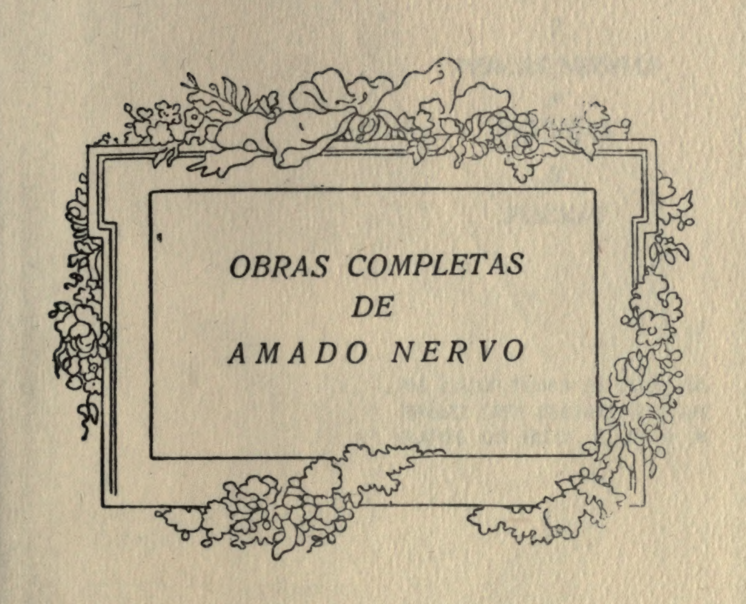

3 1761 04944972 1






OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

TOMOS PUBLICADOS

I

PERLAS NEGRAS

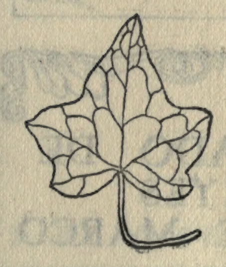
❦

MÍSTICAS

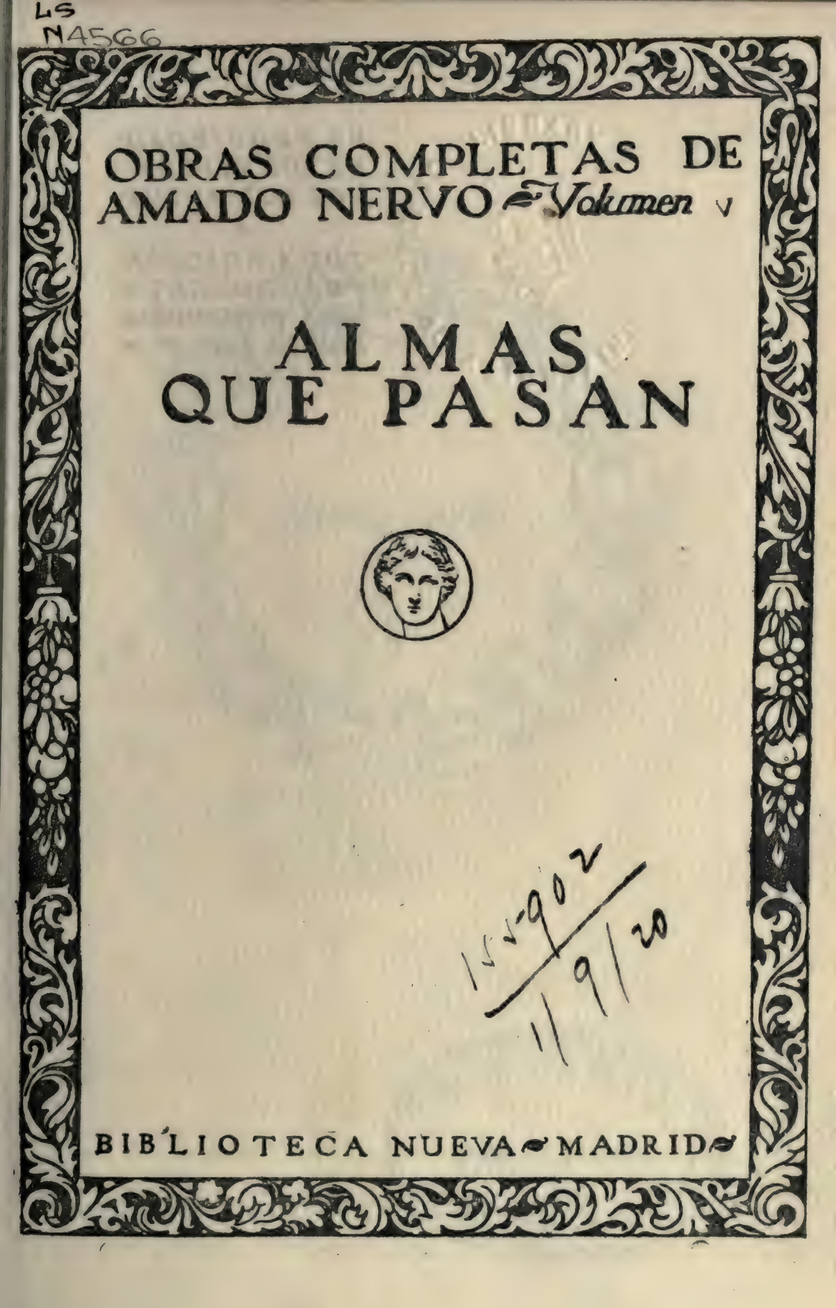
II

POEMAS

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO ❦ ❦ ❦ ❦




TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO



OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO ~ Volumen V

ALMAS QUE PASAN

BIBLIOTECA NUEVA ~ MADRID


LIBRARY
JUN 1 1973
UNIVERSITY OF TORONTO



AMADO NERVO

A los cuarenta y ocho años, el 25 de Mayo de 1919, murió en Montevideo el poeta Amado Nervo. Fué este gran poeta de Méjico una figura del Madrid literario. En nuestra ciudad vivió sus años últimos al dejarla para volver a su país, en donde muy pronto le habían de encomendar el alto puesto diplomático que le llevó a las repúblicas del Plata, se despedía de sus amigos con un «hasta la vuelta», expresión de sus deseos más íntimos; pero quizá él mismo, aunque dejó puesta su casa, no confiaba del todo en volver: mentalmente, no dejaría nunca de añadir aquel «si Dios quiere» de algún libro suyo. Y Dios no quiso.

Los que le trataron en Madrid, muchos, sin duda, pero cuán pocos íntimamente, no es fácil que le olviden. Hombre de letras y hombre de mundo, formado en la escuela «modernista» y en el ambiente cosmopolita de París, encontró, en la calma y en la sencillez del nuestro, plácido refugio, muy conforme a su espíritu recatado. Era, en todos los lugares donde

se reunen unos cuantos amigos de las letras, como un pasajero cordial, bienvenido siempre; dejaba en ellos la amenidad de su charla sutil, este hombre que parecía hecho para hablar; su palabra abundante, sugestiva, enamorada de un concepto, lo iba trabajando, puliendo, retocando hasta que lo dejaba luciente por todas sus facetas. Hacía de la conversación obra de arte: sus ademanes distinguidos puntuaban y subrayaban, y toda la luz del espíritu se concentraba en su fina máscara azteca.

Pero sólo era un pasajero. Gustábale vivir retraído, en una habitación abierta a las cumbres lejanas y al cielo de Madrid, entre libros y papeles, con un telescopio que le servía de Pegaso para escaparse del mundo y recorrer las constelaciones amigas. Por un balcón frontero a la Sierra, asestaba el anteojo al cielo y paseaba su imaginacion de astro en astro. Pero ya él nos reveló su secreto:

Te engañas: más lejos fuí
que la estrella más lejana.

Tenía delante el Madrid más hermoso, el que, sin tropezar en edificaciones mezquinas, apoyándose en la mole del Palacio Real, se asoma a las riberas de Manzanares, sobre las que ascienden los macizos de la Casa de Campo, los encinares del Pardo y las tie-

rras que se remontan hasta los nevados picos del Guadarrama. El poeta, sensible a tal hermosura, prefería, sin embargo, leer en las estrellas. Buscaba en ellas tal vez la cifra de su sino; pero ésa estaba escrita en el hemisferio austral, y acaso la haya podido leer, antes de morir, desde las riberas del Plata.

La vida de Amado Nervo—tal como nos la deja ver, libro tras libro, su obra de escritor—no fué más que una larga preparación para la muerte. Aunque lo disimulara con su gracia cabal de hombre de mundo, con su perfecta cordialidad de espíritu, algo había en él que le mantenía como distante y ponía muchas veces en sus palabras un eco del grave diálogo interior.

En sus libros no tenía para qué disimular: ahí está su fuerza. La mundanidad, lo pegadizo del ambiente en que se movía y del trato de gentes, no falta en ellos; mas cuando todo eso haya caído, aun quedará la substancia real, no escasa tampoco en sus páginas.

Amado Nervo fué un enamorado de la vida. No se vea en esto contradicción con lo ya dicho; al contrario: de tanto amarla, fué aprendiendo a morir. La naturaleza toda y luego la fe le daban testimonios de vida eterna. La muerte no era más que el paso in-

evitable, para el cual es preciso abandonarlo todo: dulces hábitos, objetos familiares, amores de la tierra. Pero esta separación le llenaba de melancolía. Si una estela hubiese de perpetuar su recuerdo, la querríamos como aquella de la dama helénica llamada Hegeso, en el Dipylon: del cofrecillo de sus joyas, traído por una doncella, levanta pensativa una presea con la que ya nunca se adornará.

Una disposición especial de su espíritu le hizo ver, en la hermosura del mundo, lo pasajero como primera cualidad. En unos versos muy conocidos le echa la culpa a Kempis; pero ya es sabido que cada cual encuentra en la *Imitación* aquello que más conviene a su estado de alma.

Como la dama griega a sus joyas, tuvo Amado Nervo afición a las sensaciones nuevas, a las palabras poco usuales. En el movimiento literario que se suele llamar modernista, y del que fué uno de los propulsores en lengua española, acentuó, entre todos, una tendencia al preciosismo, alma de sus libros primeros. Se equivocó al dar el nombre de *Místicas* a uno de sus libros; en él triunfaba y se exaltaba la liturgia, o sea la mística reducida a símbolos y fórmulas, el preciosismo de la mística. Seguía entonces corrientes muy francesas: Verlaine, Huysmans. En el libro de Nervo hay, como en *Parallèlement*, un doble canto:

Carne, carne maldita, que me apartas del cielo;
carne tibia y rosada, que me impeles al vicio:
yo rasgué mis espaldas con cilicio y flagelo
por vencer tus impulsos, y es en vano: ¡te anhelo
a pesar del flagelo y a pesar del cilicio!

Pero ahí está su camino de Damasco: pronto desaparecerá todo el *décor* de misales, incensarios, cirios, reclinatorios, cúpulas, y quedará un anhelo vivo de amor; todavía es necesario que el dolor del hombre—reflejado en los versos a la «amada inmóvil» del libro *Serenidad*—venga a libertarle. Después de *Serenidad,* sus libros llevan nombres significativos: uno de versos, *Elevación;* otro de prosa, *Plenitud.* Este es ya de 1918.

¿Un libro de prosa? Como prosista, Amado Nervo no llegó a culminar. Hay en *El éxodo y las flores del camino*, en *Almas que pasan,* en *Ellos*, en *Plenitud,* temas curiosos, asuntos bien atisbados; pero siempre el asunto es superior al desempeño. No es su prosa como la de Darío (la de *Los Raros, Peregrinaciones* o *Tierras solares),* prosa de poeta con virtud íntima, puramente literaria. La de Nervo vale por lo que dice. Y Nervo tiene, en cambio, un don de contar que resaltaba eminentemente en su conversación; comunicado a su prosa, basta para salvarla. Como versificador ya es cosa distinta. No fué nunca versificador impecable, antes al contrario: va con valor

hacia la palabra conveniente, que no siempre es la necesaria; tiene, a veces, vanos alardes seudocientíficos; en cambio, ¡qué sentimiento de la armonía general del poema, del corte de la estrofa, qué arte en las repeticiones, qué garbo en la aportación de elementos exóticos, y cuando su preciosismo se clarifica, qué admirable sencillez, qué acierto en la eliminación de ornatos superfluos!

Desde el libro *En voz baja,* de 1909—dejando aparte las secciones que en él son antiguas, como ocurre en *Serenidad* (1914)—, se ve este nuevo afán de simplificación. Coincide con la abundancia de temas relativos al más allá. Las lecturas del poeta son entonces de teosofía, de religión. Las poesías que se agrupan en el último libro citado con el título general de... *Ad astra* son también significativas. Hablando de sucesos que le afectaron muy hondamente, solía decir: «En Sirio no hay revoluciones.»

Sin embargo, en todos sus libros, desde los primeros, se dan esas escapatorias ideales, esas huídas del mundo de las formas, que tan bello se apareció también a sus ojos, con atractivos y encantos nunca totalmente desvanecidos para él?

Ya en sus primeros versos, coleccionados en las *Perlas negras*, de 1898, oye, en un rumor familiar,

> ... la voz de un espíritu que pasa
> agitando sus alas en la sombra.

O en otros, más antiguos sin duda, que incorporó en los *Poemas* de 1901, el llamamiento de lo infinito:

> ¡Pobre espíritu que avanza
> con su galera por los
> oceanos, hacia un Dios
> y un ribazo que no alcanza!

Ese impulso hacia lo eterno, esa atracción de lo desconocido, laten aun en sus más sensualmente refinadas poesías: en las de *El Exodo y las Flores del Camino,* o en *Las Místicas,* de religiosidad exaltada por la sugestión de la liturgia, con sus esplendores formales y transcendentales.

> Y desasido estoy de toda cosa,

declaraba al final de aquel libro por el que desfilan todas las sensaciones que un mundo aun no gozado, multiforme, con una maravilla a cada vuelta del sendero, puede ofrecer a un hombre, mozo aún, que ve

delante de sí lo que mucho tiempo soñó de lejos; y, en sus momentos de concentración religiosa, iba a refugiarse, como los místicos, en la llaga divina:

¡Hoy bendigo a Jesús en la tormenta,
hoy su roto costado en mi sangrienta
guarida, en lo infinito de mi noche!

En estas y en otras palabras de análogo sentido se ha de ver el hilo conductor, el camino de Santiago, que, pasando a través de tantos libros suyos de índole diversa, va enlazándolos con los últimos, esos libros llamados *Serenidad, Elevación, Plenitud,* que son, casi por entero, «a lo divino»; pero no ya a la manera que podríamos llamar decorativa de *Las Místicas,* ni dentro tal vez, aunque no falte la intención, de la ortodoxia más pura. Un panteísmo de fisonomía franciscana: esto es la religiosidad de Amado Nervo. Recuérdese la *Hermana Agua.* Y nótese que en sus libros, hasta la duda misma tiene aspecto de fe: «Vale más errar creyendo que errar dudando», se lee en *Plenitud.*

No ha solido ser éste el Amado Nervo que llegó más al público. Sus figuras y evocaciones literarias, sus tipos exóticos, sus símbolos, en una palabra, sus modernismos, privaron por mucho tiempo junto a los de Rubén. Entre nosotros se dijo «Rubén Darío y

Amado Nervo», como se dijo, más adelante, «Rubén Darío y Santos Chocano». Se alababa así lo menos importante de los tres poetas, quedándonos con el esplendor verbal de Darío, con la gracia rítmica de Nervo y con la simetría forzada de Chocano, sin que llegásemos a distinguir, en los tres poetas, lo substancial de lo caduco. Todos repetíamos los extraños nombres que Amado Nervo poetizaba:

Ainó Ackté, lirio del Norte,
Ainó Ackté, gran rosa-té...

O bien:

Dijo Balduina Van-der-Rotten: —Más que mis finas
blondas de Brujas, tocas y cofias de Malinas,
más que mis granjas úberes y que mis gordos quesos,
amo y busco la música sonora de los besos.

Había en aquellas composiciones, y más todavía en otras suyas, un toque preciosista, vestidura de una delicadeza fundamental de su alma. Luego se fué ésta despojando, y ya no eligió figuras y símbolos que la contuvieran, sino que se expresó con sus anhelos, inquietudes y esperanzas en versos desnudos: en la mayoría de sus versos de Madrid. Mas lo que de él se prefería, y hay todavía mucho que

aprender en ello, eran las modulaciones nuevas de aquellos sus versos «modernistas», tan finamente cortados. Nadie que tenga despierto sentido de la rítmica olvidará, sobre todo si se los oyó decir al poeta, algunos de corte no usual:

Se lo veda la divagación del contrapunto,

o débilmente acentuados, según los preceptos retóricos:

¡Sé piadosa... como un rayo de luna!
¡Sé suave... como un soplo de brisa!

No ha faltado quien eche en cara a Nervo el apartamiento de este mundo de sensaciones, de voluptuosidades tan bien cantado por él en otros días, con motivo de la expresión más despojada, de la ideología menos concreta, de la simple conformidad, del

¡Gracias, está bien!

con que acogía los bienes y los males de la vida, como si fuesen dones celestiales. No le perdonaron, tomándolas al pie de la letra, las palabras que puso al frente de su libro *Elevación*: «Este libro sin retórica, sin «procedimiento», sin técnica, sin literatura,

sólo quiere una cosa: elevar tu espíritu.» Pero, como antes hicimos observar, a eso iba, atraído sin saberlo a ciencia cierta, aunque presintiéndolo y anhelándolo desde el fondo de su corazón. Aquí está el verdadero Amado Nervo, distinto, aunque no contradictorio, del poeta de las que llamó, bien persuadido de su pasajero encanto, las «flores del camino».

Al poeta se le puede discutir en sus versos, no en sus intenciones; hartos versos frívolos, hartas composiciones flacas se encontrarán en los libros de Nervo para que se le vaya a pedir cuentas de su renunciamiento, para que se le haya querido hacer cantor de la vida, lo que no fué nunca, porque hasta en sus momentos más mundanos pensaba en otra cosa. Y siempre al lado de aquellos versos frívolos, de aquellas composiciones flacas, se podrán señalar aciertos indudables que vuelvan la balanza al fiel.

En definitiva, éstos son los que cuentan. Para la gloria literaria de Nervo, de todos sus libros se pueden extraer, en abundancia, hermosas poesías; la serie de ellas ofrece, además, una trayectoria espiritual constante, definida, ascendente.

La enfermedad y el dolor acrisolaron su poesía. En *Elevación* había estrofas de presentimiento, que se ha realizado ya. Véanse las tituladas *Expectación*.

Siento que algo sublime va a llegar en mi vida.
¿Es acaso la muerte? ¿Por ventura el amor?
Palidece mi rostro... Mi alma está conmovida
y sacude mis nervios un sagrado temblor.

Siento que algo sublime va a encarnar en mi barro,
en el mísero barro de mi pobre existir.
Una chispa celeste brotará del guijarro
y la púrpura augusta va el harapo a teñir.

Siento que algo solemne se aproxima y me hallo
todo trémulo: mi alma de pavor llena está.
Que se cumpla el destino, que Dios dicte su fallo,
mientras yo, de rodillas, oro, espero y me callo,
para oir la palabra que el Abismo dirá.

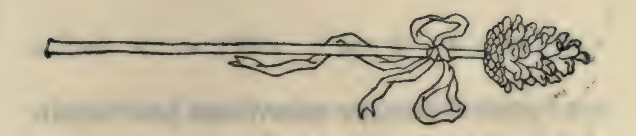
Cuando un poeta hace versos así, ya casi no es de este mundo. La muerte viene a sellarlos, a declarar su sinceridad profunda, a convertir el motivo literario en grito de hombre, que siempre halla eco en los demás.

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO.

LÍA Y RAQUEL







I

Eran dos hermanas, las dos hermanas de todos los cuentos, y, como las dos hermanas de todos los cuentos, una rubia, morena la otra; sólo que aquí la rubia era hermosa y la morena era fea y contrahecha. La rubia era la guapa de la familia, aquélla para la cual se compran las telas y las joyas, la que el papá y la mamá invitan con insistencia al teatro y a visitas, en tanto que dicen a la otra: «Tú no has de querer ir, ¿verdad?; debes de estar cansada...»

La morena era una verdadera «Cenicienta», la Cenicienta sin encanto de esta historia sin interés; una Cenicienta cuyo pie no iría nunca

a buscar el príncipe maravilloso para calzarle el chapín de cristal hallado en el camino...

Era tímida, como lo son generalmente las mujeres contrahechas, y sus ojos parecían pedir a todo el mundo perdón: perdón de atreverse a brillar; perdón del desacato de ver, como los otros (los ojos que son bellos y amados), el jubiloso color de rosa de las mañanas, el oro en sazón de los mediodías y la austera opulencia de las tardes; la fiesta de las hojas y las flores en la landa, y la majestad del cedro en la montaña; el raso trémulo de los lagos y el azul pensativo de los cielos...

Sabía la fea (a la que llamaremos Lía, en memoria de aquella triste hermana de Raquel, de ojos pitañosos, que Labán puso con vergonzante cautela en el lecho de Jacob como premio de siete años de trabajo), sabía la fea ejecutar mil primores: era, como las antiguas reinas que hilaban en la rueca sus telas y sus sueños, verdadera maga de cuyos dedos salían prodigios: ¡cuántos tejidos, que parecían, tal era su finura, hechos con los propios «hi-

los de la Virgen» o con la substancia misma de la ilusión!... ¡Cuántos manjares dignos de la mesa de un emperador! Y, con esto, una pericia elegante y suave para tocar el piano y el arpa.

Lía había aprendido desde temprano que era preciso vestir su fealdad, vestirla de algo para que fuese menos ingrata ante los ojos de los hombres, y la había vestido de inteligencia, de bondad y de amor. Su alma era una piedra preciosa, cuyo mayor mérito consistía en un instinto incalculable de sacrificio.

Era Lía uno de esos seres llenos de misericordia y de abnegación, que siempre ceden su parte en la vida y tornan, si es posible, más desnudos que los otros a la eternidad.

Abundan por cierto tales seres en la familia hispano-americana: casi siempre hay en una casa una Cenicienta que da su parte a los demás y que se siente feliz por haberla dado. Almas raras que nacen atormentadas por una misteriosa sed de oblación, divinas sitibundas

que jamás se sacian de sacrificio: Lía era como éstas.

Si acertaba a cocinar uno de esos manjares sabrosos y deleitables que son la alegría de una mesa, todos menos ella lo gustaban, porque era su placer que lo gustasen todos, prometiéndose gustar ella lo que quedara, y por lo común nada quedaba.

Siempre llegaba tarde para recibir el bien, semejante al poeta de la fábula, que se presentó después que todos ante Jove, cuando ya estaba hecha la total repartición de las heredades del universo mundo.

Si su hermana, tras haber derrochado sus haberes, tenía un capricho, ahí estaban los ahorros de Lía. Si su hermana, a la que llamaremos Raquel para apurar el símil bíblico que usamos al principio, cometía un yerro, Lía echaba sobre sí la culpa y recibía sin protestar el condigno castigo. Lía era quien rompía siempre los platos, quien perdía los dedales y las tijeras, quien acababa primero con los trajes, quien quemaba la leche de los postres,

quien se dejaba robar por las criadas. Lía tenía siempre la culpa: era éste un principio establecido en la casa.

Y era Lía también quien dormía en el suelo, sobre una estera, a hurtadillas de sus padres, cuando huéspedes inesperados llegaban y faltaba un lecho. Lía era quien al alba estaba en pie, disponiéndolo todo, recorriendo la casa como una bendición, mientras que los demás holgaban entre sábanas, disfrutando de esa voluptuosa e intermitente prolongación matinal del sueño.

II

Pero un día aquella alma desnuda de todo, hasta de deseos, sintió que llamaban paso y con insistencia a su puerta, y pávida se estremeció: el que llamaba así era el amor.

Entre el enjambre de muchachos que cortejaban a su hermana, bella como un éxtasis, y a quienes Raquel correspondía con un amable y coqueto desdén «colectivo», uno, Carlos, guiado quizá por secreto instinto, había ido, poco a poco, alejándose de la hermosa para acercarse directamente a Lía, a la pobrecita Lía, tan callada, tan fea, tan pálida y tan triste, adivinando quizá la santa piedra preciosa de su espíritu.

Era Carlos un muchacho silencioso también y pensativo; probablemente un ideólogo, un poeta, un sentimental que empezaba por confundir el amor con la misericordia.

Lía tuvo miedo al principio, un miedo terrible de engañarse; luego, siguiendo su avasalladora tendencia al sacrificio, miró hacia todos lados, en la zona de su vida, para ver si alguno de los que pasaban, necesitado de amor, le pedía el de Carlos, a fin de dárselo... Mas nadie apareció en el camino, nadie se dió cuenta de que Lía era poseedora de un cariño muy grande, muy grande, y entonces, la infeliz (como el niño mendigo que tropieza en la calle con un juguete, vuelve tímidamente la mirada en derredor por miedo de que algún niño rico le reclame el hallazgo y le pegue, y al ver que nadie le persigue, se aleja glorioso, recatando su tesoro) echó a correr con su cariño escondido en el más casto escondrijo de su alma, al rincón más apartado de su vida, y allí, se llevó aquel amor recién nacido a los labios, con unción infinita, y púsose a besar-

lo, dulcemente, muy dulcemente, primero; después, como una insensata, en un inopinado despertar de vida, presa de una poderosa conflagración de anhelos y temores y esperanzas...

III

¿La amaba Carlos? ¡Oh! sí, sin duda; no hay en el mundo un ser bastante malo para burlarse de una fea hasta el punto de sacudir con engañifas la virginidad callada, hermética y poderosa de su alma... ¡Carlos no era malo y Carlos le había dicho que la quería, así como era, morena, muy morena, bajita, muy bajita, contrahecha, canija, ñoña y miserable! Tenía, sin embargo, un miedo cerval de que aquello se trasluciera, miedo y vergüenza, y no cesaba de suplicar a su Carlos generoso:

—¡Por Dios, no lo digas; por Dios, que nadie lo sepa! —y añadía para su coleto:—¡Si

supieran que poseo este tesoro y viniesen a pedírmelo... tendría que darlo!

Pero nadie lo supo, por más que, maguer el disimulo de ambos, metódico y reconcentrado, era tan fácil darse cata de ello con sólo mirar los pobres ojos de Lía, aquellos pobres ojos llenos ahora de felicidad, y que la iban proclamando «a grito herido», como si dijéramos, por toda la casa, y por toda la ciudad y por toda la vida...

Lo que aconteció fué diferente y monstruoso, dentro de la monstruosidad consuetudinaria de la existencia: aconteció que Raquel empezó a enamorarse de Carlos. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: porque Carlos era el único que se sustraía a sus encantos inefables; el único que, sin que ella pudiera comprender la causa, le negaba el pleito homenaje; y —¡esto es y ha sido siempre tan humano! — nació en ella, como en tantas otras en casos semejantes, un capricho, un capricho de conquistadora desdeñada, que se apercibe a luchar con el arsenal de todas sus gracias,

que echa mano de todos sus recursos. Empero el ímpetu de la hermosa se estrelló ante la inconsciencia de Carlos. Entonces el capricho se volvió amor.

Carlos no se dió cuenta al principio de los sentimientos que inspiraba. Estaba serenamente asomado al alma de Lía... Pero al fin los ojos azules de Raquel empezaron a turbarlo. Lía tampoco se había dado cuenta de nada: amaba en pleno recogimiento y en absoluto éxtasis... Pero al fin fué nevando sobre su espíritu la frialdad creciente, lentamente creciente, imperceptiblemente invasora de Carlos; y un día, después de muchos meses en que los ojos maravillosos y los encantos todos de Raquel habían hecho su obra, y en que la misma dificultad y lentitud de esta obra habían acabado por enamorar locamente a la bella testaruda, ésta dejó que saliera de sus labios un turbulento grito de confidencia:

—¡Hermana, hermana; yo sufro mucho, yo estoy enamorada de Carlos!

Lía sintió al oir el grito lo que el niño del

símil cuando le piden el juguete que había encontrado; algo como un rápido y doloroso convencimiento, que podría traducirse con estas palabras o con palabras semejantes a éstas: «¡Es claro! ¿Cómo pude yo pensar que era para mí una cosa tan bella? Pues qué, ¿he tenido yo algo, alguna vez, en la vida?» Pregunta esta última, formulada íntimamente, con naturalidad y sin la menor sombra de despecho; porque el instinto de sacrificio ingénito, la tendencia idiosincrática a la oblación, habían ido borrando toda idea de derecho propio y de posesión en aquella alma... casi toda idea de individualidad.

Sin embargo, fuerza es confesarlo: Lía se defendió esta vez; tuvo un impulso, ¡el único de rebelión! No tan aínas se arranca del corazón lo que es ya su vida, su luz y hasta su propia substancia:

—No—respondió Lía—; tú no estás enamorada de Carlos...

E iba añadir: «Carlos me quiere. ¡Me lo ha confesado!»

Pero no lo dijo. Raquel, abrazándola, besándola, mimándola, como siempre que quería obtener algo de ella, dejó escapar un torrente de palabras:

—Sí, lo quiero, hermanita; lo adoro; es el único hombre que he querido en mi vida, y es preciso que me ayudes, que me ayudes con papá, con mamá, con él mismo... ¿Eh? ¡Tú no sabes cuánto le quiero!

Lía se asió a la última esperanza, una esperanza débil y alirrota que pasaba:

—Pero Carlos... ¿te ha dicho algo?

No; Carlos no le había dicho nada aún. Carlos tenía vergüenza y remordimiento. Carlos era bueno en el fondo (como todos los infidentes y los tránsfugas). Pero, en primer lugar, si se llegó hasta Lía fué porque, visto al principio por Raquel, rodeada de amadores, con cierto desdén, no cupo en el número de sus probabilidades la de ser amado por ella; y luego, porque Lía estaba tan sola y era tan desvalida y tan pequeñita dentro de la existencia, que la compasión se vistió de ca-

riño... Mas ahora Raquel venía hacia él desplegando todas sus gracias, «hermosa como la luna, resplandeciente como el sol, terrible como un ejército ordenado en batalla»... ¿Cómo resistirla?

IV

—Lo quiero mucho, hermanita; ayúdame...

Lía enmudeció algunos segundos... los pocos segundos que ella necesitaba para una oblación, y luego besó a Raquel con un beso suave, cuchicheándole al oído:

—¡Sí, hermanita; yo te ayudaré!

Al día siguiente Carlos recibía estas breves líneas:

«Carlos: Mi hermana le quiere a usted y usted quiere a mi hermana; yo, por mi parte, había imaginado quererle; pero me engañaba; le quería sólo en nombre de Raquel y mientras ella llegaba...¿Desea usted hacerme feliz?, Pues hágala dichosa.»

V

Esto que refiero pasó hace muchos años. Raquel se casó con Carlos y hoy es una venerable abuela. Lía, después de haber sido una verdadera madre para los hijos de Raquel, por los cuales se sacrificó siempre, era una segunda abuela para sus nietos, por quienes también empezaba a sacrificarse.

Pero en la pasada primavera una pulmonía se la llevó a la tumba, y la noche en que velábamos su cadáver, observando con pena que ni la muerte, que es una gran embellecedora, había logrado embellecerla, un viejo amigo de la casa, católico él a macha martillo,

me llevó al hueco de una ventana para decirme con cierto desdén piadoso:

—Ahí donde usted la ve, es muy posible que esa tonta de Lía esté a estas horas en el infierno...

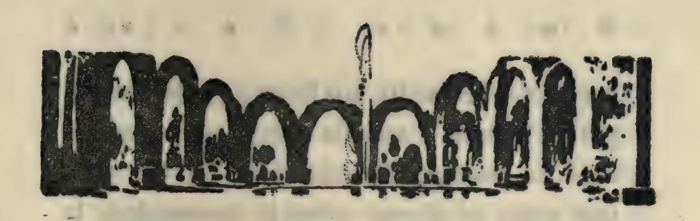
—¿Por qué? —le pregunté sorprendido.

—¡Ah! —me respondió alisándose la barba (ademán que le es peculiar)— porque, si encontró en el camino de la muerte a un pobre réprobo, es muy capaz de haberle cedido su bienaventuranza y de haberse hundido ella en su lugar en el infierno por toda la eternidad...

EL MIEDO A LA MUERTE







I

No podría yo decir cuándo experimenté la primer manifestación de este miedo, de este horror, debiera decir, a la muerte, que me tiene sin vida. Tal pánico debe arrancar de los primeros años de mi niñez, o nació acaso conmigo, para ya no dejarme nunca jamás. Sólo recuerdo, sí, una de las veces en que se revolvió en mi espíritu con más fuerza. Fué con motivo del fallecimiento del cura de mi pueblo, que produjo una emoción muy dolorosa en todo el vecindario. Tendiéronle en la parroquia, revestido de sus sagradas vestiduras, y teniendo entre sus manos, enclavijadas sobre el pecho, el cáliz donde consagró tan-

tas veces. Mi madre nos llevó a mis hermanos y a mí a verle, y aquella noche no pegué los ojos un instante. La espantosa ley que pesa con garra de plomo sobre la humanidad, la odiosa e inexorable ley de la muerte, se me revelaba produciéndome palpitaciones y sudores helados.

—«¡Mamá, tengo miedo!—gritaba a cada momento; y fué en vano que mi madre velara a mi lado: entre su cariño y yo estaba el pavor, estaba el fantasma, estaba «aquello» indefinible, que ya no había de desligarse de mí...

»Más tarde murió en mi casa una tía mía, después de cuarenta horas de una agonía que erizaba los cabellos. Murió de una enfermedad del corazón, y fué preciso que la implacable *Vieja* que nos ha de llevar a todos la dominara por completo... No quería morir; se rebelaba con energías supremas contra la ley común... «No me dejen morir —clamaba—; no quiero morirme...»

»Y la asquerosa Muerte estranguló en su garganta uno de esos gritos de protesta.

»Después, cada muerto me dejó la angustia de su partida, de tal suerte, que pudo decirse que mi alma quedó impregnada de todas las angustias de todos los muertos; que ellos, al irse, me legaban esa espantosa herencia de miedo... En el colegio, donde anualmente los padres jesuítas nos daban algunos días de ejercicios espirituales, mi pavor, durante los frecuentes sermones sobre «el fin del hombre», llegó a lo inefable de la pena. Salía yo de esas pláticas macabras (en las cuales con un no envidiable lujo de detalles se nos pintaban las escenas de la última enfermedad, del último trance, de la desintegración de nuestro cuerpo), salía yo, digo, presa del pánico, y mis noches eran tormentosas hasta el martirio.

»Recordaba con frecuencia los conocidos versos de Santa Teresa:

¡Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero!

y envidiaba rabiosamente a aquella mujer que

amó de tal manera la muerte y la ansió de tal manera, que pasó su vida esperándola como una novia a su prometido...

»Yo, en cambio, a cada paso temblaba y me estremecía (tiemblo y me estremezco) a su solo pensamiento.

»Murió de ahí a poco en mis brazos un hermano mío, a los diez y ocho años de edad, fuerte, bello, inteligente, generoso, amado... y murió con la serenidad de una hermosa tarde de mis trópicos.

»—Siempre temí la muerte —me decía—; mas ahora que se acerca, ya no la temo: su proximidad misma me parece que me la ha empequeñecido... No es tan malo morir... ¡Casi diría que es bueno!»

»Y envidié rabiosamente también a mi hermano, que se iba así, con la frente sin sombras y la tranquila mirada puesta en el crepúsculo, que se desvanecía como él...

»Mi lectura predilecta era la que refiere los últimos instantes de los hombres célebres. Leía yo y releía, analizaba y tornaba a anali-

zar sus palabras postreras, para ver si encontraba escondido en ellas el miedo, «mi miedo», el implacable miedo que me come el alma...

»—*Now I must sleep* —decía Byron, y había en estas palabras cierta noble y tranquila resignación que me placía.

»—Creí que era más difícil morir...—decía el feliz y mimado Luis XV, y esta frase me llenaba de consuelo... Ese, pues, no había tenido miedo ni había sentido rebeliones...

»—Dejar todas estas bellas cosas...—clamaba Mazarino acariciando en su agonía con la mirada los primores de arte que llenaban su habitación, y este grito de pena no me desconcertaba, porque yo a la muerte no le he temido jamás porque me quita lo que es mío... El amor a las cosas es demasiado miserable para atormentarme.

»—¡Todo lo que poseo por un momento de vida!—gemía, agonizante, Isabel de Inglaterra, y este gemido me congelaba el ánima.

»—¡Mi deseo es apresurar todo lo posible

mi partida!—exclamaba Cromwell, y yo creía sorprender en esa frase la impaciencia angustiosa que se tiene de salir cuanto antes de un martirio insufrible.

»—¡Vaya una cuenta que vamos a dar a Dios de nuestro reinado!—murmuraba Felipe III de España, y estas palabras me acobardaban más de la medida.

»—¡Ah! ¡Cuánto mal he hecho!—sollozaba Carlos IX de Francia, recordando la Saint Barthelemy, y este sollozo me pavorizaba el corazón.

»Agradábame sobremanera la desdeñosa frase del poeta Malherbe, ya saben ustedes, el autor de aquella estrofa que hizo célebre (envaneceos alguna vez legítimamente, señores cajistas) una errata de imprenta:

«Elle était née d'un monde où les plus belles choses
Ont le pire destin,
Et, Rose, elle a vecu ce qui vivent les roses:
L'espace d'un matin...»

»Al padre que le hablaba de eternidad y le

encarecía que se confesara, Malherbe respondió:

»—He vivido como los demás, muero como los demás y quiero ir... adonde vayan los demás...

»En cambio, las palabras de Alfonso XII: «¡Qué conflicto! ¡qué conflicto!»—me aterrorizaban hasta lo absurdo.

»Y a medida que iba creciendo, este miedo a la muerte adquiría (y sigue adquiriendo) proporciones fuera de toda ponderación. Es raro, por ejemplo, que se pase una noche sín que yo me despierte, súbitamente, bañadas las sienes en sudor y atenaceado, así de pronto, por el pensamiento de mi fin, que se me clava en el alma como una puñalada invisible.

»¡Yo he de morir—me digo—, yo he de morir! Y experimento entonces con una vivacidad espantosa toda la realidad que hay en estas palabras.»

II

»¡Morir! ¡Ah, Dios mío! Los animales, cuando sienten que se aproxima su término, van a tumbarse en un rincón, tranquilos y resignados, y expiran sin una queja, en una divina inconsciencia, en una santa y piadosa inconsciencia, devolviendo al gran laboratorio de la Naturaleza la misteriosa porcioncita de su alma colectiva! Las flores se pliegan silenciosas y se marchitan sin advertirlo (¡o quién sabe!) y sin angustia alguna (¡¡o quién sabe!!). Todos los seres mueren sin pena... menos el hombre.

»Ninguno de los animales sabe que ha de morir, y vive cada uno su furtiva existencia

en paz... Sólo el hombre va perseguido por los fantasmas de la muerte, como Orestes por su séquito de Euménides... ¡horror! ¡horror!

»Dos maneras sólo hay de morir: se muere, o por síncope o por asfixia. Poco me espanta la primera de estas muertes... Un desmayo... y nada más; un desmayo del que ya no se vuelve: la generosa entraña cesa de latir y nos dormimos dulcemente para siempre; pero la asfixia, ¡Dios mío!, la asfixia que nos va sofocando sin piedad, que nos atormenta hasta el paroxismo... Y unido a ella el terror de lo que viene... de lo desconocido en que vamos a caer, de ese pozo negro que abre su bocaza insaciable... de lo «único serio» que hay en la vida.

»A más de cien médicos he preguntado:

»—Qué, ¿se sufre al morir?

»Y casi todos me han respondido:

»—No; se muere dentro de una perfecta inconsciencia...»

»¡Ah! sí; esto es lo natural, lo bueno, lo misericordioso: la santa madre, la noble madre

Naturaleza debe envolvernos en un suave entorpecimiento; debe adormecernos en sus brazos benditos durante esa transición de la vida a la muerte. Sin duda que morimos como nacemos... en una misteriosa ignorancia... Pero ¿y si no es así?... ¿si no es así?—me preguntaba yo temblando.»

III

»¡Morir!—seguía pensando (y sigo aún por mi desgracia)—. He de morir, pues, y todo seguirá lo mismo que si yo viviera. ¡Esta multitud que inunda las aceras continuará su activo y alegre tráfago, bajo el mismo azul del cielo, calentada por el mismo oro tibio del sol! En los bosques los nidos seguirán piando y los amantes seguirán buscándose en las bocas la furtiva miel de la vida. Las mismas preocupaciones atormentarán a las almas... Los mismos placeres, sin cesar renovados, deleitarán a las generaciones... La tierra continuará girando como una inmensa mariposa alrededor de la llama del sol... y yo ya no

existiré, ya no veré nada, ya no sentiré nada... Me pudriré silenciosamente en un cajón de madera que se desmoronará conmigo...

»Pasarán las parejas de aves sobre la tierra que me cubre, sin conmover mis cenizas... El sol despertará germinaciones nuevas en derredor mío, sin que mis pobres huesos se calienten con su fuego bendito.

»Mi memoria habrá pasado entre los hombres, mi huella se habrá perdido, mi nombre nadie habrá de pronunciarlo. El hueco que dejé estará lleno...

»Y si al menos fuese así, si la muerte se redujese a un eterno e inconmovible sueño... pero las palabras de Hamlet nos torturan el pensamiento: «Morir... dormir... soñar... *¡¡¡soñar acaso!!!*»

IV

»No, no es posible ya padecer más; la resistencia humana tiene sus límites, y la mía está agotada. Esta obsesión de la muerte, en los últimos tiempos se ha enseñoreado de mí en modo tal, que ya no puedo hablar más que de ella, ni pensar más que en ella... Mis noches son de agonía lenta y odiosa... mis días tristes hasta opacar mi tristeza la luz del sol... Mi tormento llega al heroísmo de los tormentos... Ya no puedo con mi mal, y voy a acudir al más absurdo... al más extraño... al más ilógico, pero también al más efectivo de los remedios... ¡¡Voy a matarme!! Sí, a matarme; ¿concebís esto? A matarme... ¡por miedo a la muerte!»

V

Sobre el pecho del suicida se encontraron,
a guisa de carta, las páginas que copio.
Los periódicos han publicado ya
parte de ellas. Yo he creído pia-
doso reproducirlas todas...

LA ÚLTIMA GUERRA





I

TRES habían sido las grandes revoluciones de que se tenía noticia: la que pudiéramos llamar Revolución cristiana, que en modo tal modificó la sociedad y la vida en todo el haz del planeta; la Revolución francesa, que, eminentemente justiciera, vino, a cercen de guillotina, a igualar derechos y cabezas; y la Revolución socialista, la más reciente de todas, aunque remontaba al año dos mil treinta de la era cristiana. Inútil sería insistir sobre el horror y la unanimidad de esta última revolución, que conmovió la tierra hasta en sus cimientos y que de una manera tan radical reformó ideas, condiciones, costumbres, partiendo en dos el tiempo, de suerte que en

adelante ya no pudo decirse sino: «Antes de la Revolución social»; «Después de la Revolución social». Sólo haremos notar que hasta la propia fisonomía de la especie, merced a esta gran conmoción, se modificó en cierto modo. Cuéntase, en efecto, que antes de la Revolución había, sobre todo en los últimos años que la precedieron, ciertos signos muy visibles que distinguían físicamente a las clases llamadas entonces privilegiadas, de los proletarios; a saber: las manos de los individuos de las primeras, sobre todo de las mujeres, tenían dedos afilados, largos, de una delicadeza superior al pétalo de un jazmín, en tanto que las manos de los proletarios, fuera de su notable aspereza o del espesor exagerado de sus dedos, solían tener seis de éstos en la diestra, encontrándose el sexto (un poco rudimentario a decir verdad y más bien formado por una callosidad semiarticulada) entre el pulgar y el índice, generalmente. Otras muchas marcas delataban, a lo que se cuenta, la diferencia de las clases, y mucho

temeríamos fatigar la paciencia del oyente enumerándolas. Sólo diremos que los gremios de conductores de vehículos y locomóviles de cualquier género, tales como aeroplanos, aeronaves, aerociclos, automóviles, expresos magnéticos, directísimos transetéreolunares, etcétera, cuya característica en el trabajo era la perpetua inmovilidad de piernas, habían llegado a la atrofia absoluta de éstas, al grado de que, terminadas sus tareas, se dirigían a sus domicilios en pequeños carros eléctricos especiales, usando de ellos para cualquier traslación personal. La Revolución social vino empero a cambiar de tal suerte la condición humana, que todas estas características fueron desapareciendo en el transcurso de los siglos, y en el año tres mil quinientos dos de la Nueva Era (o sea cinco mil quinientos treinta y dos de la Era Cristiana), no quedaba ni un vestigio de tal desigualdad dolorosa entre los miembros de la humanidad.

La Revolución social se maduró, no hay niño de escuela que no lo sepa, con la anti-

cipación de muchos siglos. En realidad la Revolución francesa la preparó, fué el segundo eslabón de la cadena de progresos y de libertades que empezó con la Revolución cristiana; pero hasta el siglo XIX de la vieja Era no empezó a definirse el movimiento unánime de los hombres hacia la igualdad. El año de la Era Cristiana 1950 murió el último Rey, un Rey del Extremo Oriente, visto como una positiva curiosidad por las gentes de aquel tiempo. Europa, que, según la predicción de un gran Capitán (a decir verdad, considerado hoy por muchos historiadores como un personaje mítico), en los comienzos del siglo XX (post J. C.) «tendría que ser republicana o cosaca», se convirtió, en efecto, en el año de 1916, en los «Estados Unidos de Europa», federación creada a imagen y semejanza de los Estados Unidos de América (cuyo recuerdo en los anales de la humanidad ha sido tan brillante, y que en aquel entonces ejercían en los destinos del viejo Continente una influencia omnímoda).

II

Pero no divaguemos: ya hemos usado más de tres cilindros de fonotelerradiógrafo en pensar estas reminiscencias (1), y no llegamos aún al punto capital de nuestra narración.

Como decíamos al principio, tres habían sido las grandes revoluciones de que se tenía noticia; pero, después de ellas, la humanidad, acostumbrada a una paz y a una estabilidad inconmovibles, así en el terreno científico, merced a lo definitivo de los principios con-

(1) Las vibraciones del cerebro, al pensar, se comunicaban directamente a un registrador especial, que a su vez las transmitía a su destino. Hoy se ha reformado por completo este aparato.

quistados, como en el terreno social, gracias a la maravillosa sabiduría de las leyes y a la alta moralidad de las costumbres, había perdido hasta la noción de lo que era vigilancia y cautela, y a pesar de su aprendizaje de sangre, tan largo, no sospechaba los terribles acontecimientos que estaban a punto de producirse.

La ignorancia del inmenso complot que se fraguaba en todas partes se explica, por lo demás, perfectamente, por varias razones: en primer lugar, el lenguaje hablado por los animales, lenguaje primitivo, pero pintoresco y bello, era conocido de muy pocos hombres, y esto se comprende; los seres vivientes estaban divididos entonces en dos únicas porciones: los hombres, la clase superior, la *élite*, como si dijéramos, del planeta, iguales todos en derechos y casi, casi en intelectualidad, y los animales, humanidad inferior que iba progresando muy lentamente a través de los milenarios, pero que se encontraba en aquel entonces, por lo que ve a los mamíferos, so-

bre todo, en ciertas condiciones de perfectibilidad relativa muy apreciables. Ahora bien: la *élite*, el hombre, hubiera juzgado indecoroso para su dignidad aprender cualquiera de los dialectos animales llamados «inferiores».

En segundo lugar, la separación entre ambas porciones de la humanidad era completa, pues aun cuando cada familia de hombres alojaba en su habitación propia a dos o tres animales que ejecutaban todos los servicios, hasta los más pesados, como los de la cocina (preparación química de pastillas y de jugos para inyecciones), el aseo de la casa, el cultivo de la tierra, etc., no era común tratar con ellos, sino para darles órdenes en el idioma patricio, o sea el del hombre, que todos ellos aprendían.

En tercer lugar, la dulzura del yugo a que se les tenía sujetos, la holgura relativa de sus recreos, les daba tiempo de conspirar tranquilamente, sobre todo en sus centros de reunión, los días de descanso, centros a los que era raro que concurriese hombre alguno.

III

¿Cuáles fueron las causas determinantes de esta cuarta revolución, la última (así lo espero) de las que han ensangrentado el planeta? En tesis general, las mismas que ocasionaron la Revolucion social, las mismas que han ocasionado, puede decirse, todas las revoluciones: viejas hambres, viejos odios hereditarios, la tendencia a la igualdad de prerrogativas y de derechos, y la aspiración a lo mejor, latente en el alma de todos los seres...

Los animales no podían quejarse por cierto: el hombre era para ellos paternal, muy más paternal de lo que lo fueron para el proletario los grandes señores después de la Revo-

lución francesa. Obligábalos a desempeñar tareas relativamente rudas, es cierto; porque él, por lo excelente de su naturaleza, se dedicaba de preferencia a la contemplación; mas un intercambio noble, y aun magnánimo, recompensaba estos trabajos con relativas comodidades y placeres. Empero, por una parte el odio atávico de que hablamos, acumulado en tantos siglos de malos tratamientos, y por otra el anhelo, quizá justo ya, de reposo y de mando, determinaban aquella lucha que iba a hacer época en los anales del mundo.

Para que los que oyen esta historia puedan darse una cuenta más exacta y más gráfica, si vale la palabra, de los hechos que precedieron a la revolución, a la rebelión debiéramos decir, de los animales contra el hombre, vamos a hacerles asistir a una de tantas asambleas secretas que se convocaban para definir el programa de la tremenda pugna, asamblea efectuada en México, uno de los grandes focos directores y que, cumpliendo la

profecía de un viejo sabio del siglo XIX, llamado Eliseo Reclus, se había convertido, por su posición geográfica en la medianía de América y entre los dos grandes Océanos, en el centro del mundo.

Había en la falda del Ajusco, adonde llegaban los últimos barrios de la ciudad, un gimnasio para mamíferos, en el que éstos se reunían los días de fiesta, y casi pegado al gimnasio un gran salón de conciertos, muy frecuentado por los mismos. En este salón, de condiciones acústicas perfectas y de amplitud considerable, se efectuó el domingo 3 de Agosto de 5532 (de la Nueva Era) la asamblea en cuestión.

Presidía Equs Robertis, un caballo muy hermoso por cierto; y el primer orador designado era un propagandista célebre en aquel entonces, Can Canis, perro de una inteligencia notable, aunque muy exaltado. Debo advertir que en todas partes del mundo repercutiría, como si dijéramos, el discurso en cuestión, merced a emisores especiales que regis-

traban toda vibración y la transmitían sólo a aquellos que tenían los receptores correspondientes, utilizando ciertas corrientes magnéticas; aparatos éstos ya hoy en desuso por poco prácticos.

Cuando Can Canis se puso en pie para dirigir la palabra al auditorio, oyéronse por todas partes rumores de aprobación.

IV

«Mis queridos hermanos — empezó Can Canis:

»La hora de nuestra definitiva liberación está próxima. A un signo nuestro, centenares de millares de hermanos se levantarán como una sola masa y caerán sobre los hombres, sobre los tiranos, con la rapidez de una centella. El hombre desaparecerá del haz del planeta, y hasta su huella se desvanecerá con él. Entonces seremos nosotros dueños de la tierra, volveremos a serlo, mejor dicho, pues que primero que nadie lo fuimos, en el albor de los milenarios, antes de que el antropoide apareciese en las florestas vírgenes y de que

su aullido de terror repercutiese en las cavernas ancestrales. ¡Ah! todos llevamos en los glóbulos de nuestra sangre el *recuerdo orgánico*, si la frase se me permite, de aquellos tiempos benditos en que fuimos los reyes del mundo. Entonces, el sol, enmarañado aún de llamas a la simple vista, enorme y tórrido, calentaba la tierra con amor en toda su superficie, y de los bosques, de los mares, de los barrancos, de los collados, se exhalaba un vaho espeso y tibio que convidaba a la pereza y a la beatitud. El Mar divino fraguaba y desbarataba aún sus archipiélagos inconsistentes, tejidos de algas y de madréporas; la cordillera lejana humeaba por las mil bocas de sus volcanes, y en las noches una zona ardiente, de un rojo vivo, le prestaba una gloria extraña y temerosa. La Luna, todavía joven y lozana, estremecida por el continuo bombardeo de sus cráteres, aparecía enorme y roja en el espacio, y a su luz misteriosa surgía formidable de su caverna el león saepelius; el uro erguía su testa poderosa entre las bre-

ñas, y el mastodonte contemplaba el perfil de las montañas que, según la expresión de un poeta árabe, le fingían la silueta de un abuelo gigantesco. Los saurios volantes de las primeras épocas, los iguanodontes de breves cabezas y cuerpos colosales, los megateriums torpes y lentos, no sentían turbado su reposo más que por el rumor sonoro del mar genésico que fraguaba en sus entrañas el porvenir del mundo.

»¡Cuán felices fueron nuestros padres en el nido caliente y piadoso de la tierra de entonces, envuelta en la suave cabellera de esmeralda de sus vegetaciones inmensas, como una virgen que sale del baño...! ¡Cuán felices...! A sus rugidos, a sus gritos inarticulados respondían sólo los ecos de las montañas... Pero un día vieron aparecer con curiosidad, entre las mil variedades de cuadrumanos que poblaban los bosques y los llenaban con sus chillidos desapacibles, una especie de monos rubios que, más frecuentemente que los otros, se enderezaban y mantenían en

posición vertical, cuyo vello era menos áspero, cuyas mandíbulas eran menos toscas, cuyos movimientos eran más suaves, más cadenciosos, más ondulantes, y en cuyos ojos grandes y rizados ardía una chispa extraña y enigmática que nuestros padres no habían visto en otros ojos en la tierra. Aquellos monos eran débiles y miserables... ¡Cuán fácil hubiera sido para nuestros abuelos gigantescos exterminarlos para siempre...! Y de hecho, ¡cuántas veces, cuando la horda dormía en medio de la noche, protegida por el claror parpadeante de sus hogueras, una manada de mastodontes, espantada por algún cataclismo, rompía la débil valla de lumbre y pasaba de largo triturando huesos y aplastando vidas; o bien una turba de felinos que acechaba la extinción de las hogueras, una vez que su fuego custodio desaparecía, entraba al campamento y se ofrecía un festín de suculencia memorable!... A pesar de tales catástrofes, aquellos cuadrumanos, aquellas bestezuelas frágiles, de ojos misteriosos, que sa-

bían encender el fuego, se multiplicaban; y un día, día nefasto para nosotros, a un macho de la horda se le ocurrió, para defenderse, echar mano de una rama de árbol, como hacían los gorilas, y aguzarla con una piedra, como los gorilas nunca soñaron hacerlo. Desde aquel día nuestro destino quedó fijado en la existencia: el hombre había inventado la máquina, y aquella estaca puntiaguda fué su cetro, el cetro de rey que le daba la Naturaleza...

»¿A qué recordar nuestros largos milenarios de esclavitud, de dolor y de muerte...? El hombre, no contento con destinarnos a las más rudas faenas, recompensadas con malos tratamientos, hacía de muchos de nosotros su manjar habitual, nos condenaba a la vivisección y a martirios análogos, y las hecatombes seguían a las hecatombes sin una protesta, sin un movimiento de piedad... La Naturaleza, empero, nos reservaba para más altos destinos que el de ser comidos a perpetuidad por nuestros tiranos. El progreso, que es la condición de todo lo que alienta, no nos exceptuaba de

su ley; y a través de los siglos, algo divino que había en nuestros espíritus rudimentarios, un germen luminoso de intelectualidad, de humanidad futura, que a veces fulguraba dulcemente en los ojos de mi abuelo el perro, a quien un sabio llamaba en el siglo XVIII (post J. C.) «un candidato a la humanidad», en las pupilas del caballo, del elefante o del mono, se iba desarrollando en los senos más íntimos de nuestro ser, hasta que, pasados siglos y siglos, floreció en indecibles manifestaciones de vida cerebral... El idioma surgió monosilábico, rudo, tímido, imperfecto, de nuestros labios; el pensamiento se abrió como una celeste flor en nuestras cabezas, y un día pudo decirse que había ya nuevos dioses sobre la tierra; por segunda vez en el curso de los tiempos el Creador pronunció un *«fiat», et homo factus fuit.*

»No vieron *Ellos* con buenos ojos este paulatino surgimiento de humanidad; mas hubieron de aceptar los hechos consumados, y no pudiendo extinguirla, optaron por utilizarla...

Nuestra esclavitud continuó, pues, y ha continuado bajo otra forma: ya no se nos come, se nos trata con aparente dulzura y consideración, se nos abriga, se nos aloja, se nos llama a participar, en una palabra, de todas las ventajas de la vida social; pero el hombre continúa siendo nuestro tutor, nos mide escrupulosamente nuestros derechos..., y deja para nosotros la parte más ruda y penosa de todas las labores de la vida. No somos libres, no somos amos, y queremos ser amos y libres... Por eso nos reunimos aquí hace mucho tiempo, por eso pensamos y maquinamos hace muchos siglos nuestra emancipación, y por eso muy pronto la última revolución del planeta, el grito de rebelión de los animales contra el hombre, estallará, llenando de pavor el universo y definiendo la igualdad de todos los mamíferos que pueblan la tierra...»

Así habló Can Canis, y éste fué, según todas las probabilidades, el último discurso pronunciado antes de la espantosa conflagración que relatamos.

V

El mundo, he dicho, había olvidado ya su historia de dolor y de muerte; sus armamentos se orinecían en los museos, se encontraba en la época luminosa de la serenidad y de la paz; pero aquella guerra que duró diez años como el sitio de Troya, aquella guerra que no había tenido ni semejante ni paralelo por lo espantosa, aquella guerra en la que se emplearon máquinas terribles, comparadas con las cuales los proyectiles eléctricos, las granadas henchidas de gases, los espantosos efectos del rádium utilizado de mil maneras para dar muerte, las corrientes formidables de aire, los dardos inyectores de microbios, los

choques telepáticos... todos los factores de combate, en fin, de que la humanidad se servía en los antiguos tiempos, eran risibles juegos de niños; aquella guerra, decimos, constituyó un inopinado, nuevo, inenarrable aprendizaje de sangre...

Los hombres, a pesar de su astucia, fuimos sorprendidos en todos los ámbitos del orbe, y el movimiento de los agresores tuvo un carácter tan unánime, tan certero, tan hábil, tan formidable, que no hubo en ningún espíritu siquiera la posibilidad de prevenirlo...

Los animales manejaban las máquinas de todos géneros que proveían a las necesidades de los elegidos; la química era para ellos eminentemente familiar, pues que a diario utilizaban sus secretos; ellos poseían además y vigilaban todos los almacenes de provisiones, ellos dirigían y utilizaban todos los vehículos... Imagínese, por lo tanto, lo que debió ser aquella pugna, que se libró en la tierra, en el mar y en el aire... La humanidad estuvo a punto de perecer por completo; su fin abso-

luto llegó a creerse seguro (seguro lo creemos aún)... y a la hora en que yo, uno de los pocos hombres que quedan en el mundo, pienso ante el fonotelerradiógrafo estas líneas, que no sé si concluiré, este relato incoherente que quizá mañana constituirá un utilísimo pedazo de historia... para los humanizados del porvenir, apenas si moramos sobre el haz del planeta unos centenares de sobrevivientes, esclavos de nuestro destino, desposeídos ya de todo lo que fué nuestro prestigio, nuestra fuerza y nuestra gloria, incapaces por nuestro escaso número, y a pesar del incalculable poder de nuestro espíritu, de reconquistar el cetro perdido, y llenos del secreto instinto que confirma asaz la conducta cautelosa y enigmática de nuestros vencedores, de que estamos llamados a morir todos, hasta el último, de un modo misterioso, pues que ellos temen que un arbitrio propio de nuestros soberanos recursos mentales nos lleve otra vez, a pesar de nuestro escaso número, al trono de donde hemos sido despeñados... Estaba

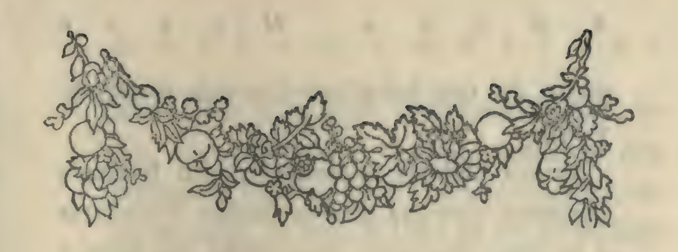
escrito así... Los autóctonos de Europa desaparecieron ante el vigor latino; desapareció el vigor latino ante el vigor sajón, que se enseñoreó del mundo... y el vigor sajón desapareció ante la invasión eslava; ésta, ante la invasión amarilla, que a su vez fué arrollada por la invasión negra, y así, de raza en raza, de hegemonía en hegemonía, de preeminencia en preeminencia, de dominación en dominación, el hombre llegó perfecto y augusto a los límites de la historia... Su misión se cifraba en desaparecer, puesto que ya no era susceptible, por lo absoluto de su perfección, de perfeccionarse más... ¿Quién podía substituirlo en el imperio del mundo? ¿Qué raza nueva y vigorosa podía reemplazarle en él? Los primeros animales humanizados, a los cuales tocaba su turno en el escenario de los tiempos... Vengan, pues, en hora buena; a nosotros, llegados a la divina serenidad de los espíritus completos y definitivos, no nos queda más que morir dulcemente. Humanos son ellos y piadosos serán para matarnos. Des-

pués, a su vez, perfeccionados y serenos, morirán para dejar su puesto a nuevas razas que hoy fermentan en el seno obscuro aún de la animalidad inferior, en el misterio de un génesis activo e impenetrable... Todo ello hasta que lavieja llama del sol se extinga suavemente, hasta que su enorme globo, ya obscuro, girando alrededor de una estrella de la Constelación de Hércules, sea fecundado por vez primera en el espacio, y de su seno inmenso surjan nuevas humanidades... para que todo recomience!

LOS DOS CLAVELES

HISTORIA VULGAR





I

Antonia y yo nos conocimos desde la infancia. Ella era hija de don Basilio, administrador hacía muchos años de las numerosas fincas urbanas de mi madre, viejo probo, si los hay: «pobre, pero honrado», como dice la frase de cajón más socorrida en achaque de biografías.

Diariamente veía yo a la muchacha, ya en mi casa, ya en la suya, adonde mamá, no obstante sus intransigencias seudoaristocráticas y el escrúpulo con que escogía mis amistades, me permitía ir con frecuencia, en razón del cariño que don Basilio había profesado a mi

padre, del cual fué el servidor más abnegado y fiel.

Nunca olvidaré la modesta, pero limpia y luminosa vivienda de don Basilio. Pertenecía a un viejo convento, convertido, por obra y gracia de algunos barretazos de más y de algunos tabiques de menos, en casa de vecindad; pues su vetustez y maltrato no le permitieron, a pesar de que estaba situado en buena calle, realizar el anhelo de todo caserón céntrico: la ostentación de un letrero en el zaguán, que diga: «Se alquilan despachos.»

Tenía el edificio claustros amplísimos, adonde se colaba, en oleadas de luz, el júbilo de la mañana; un enorme huerto que invadía todo el patio, con árboles frondosos, a la sombra de los cuales las flores desabrochaban la fresca y olorosa seda de sus corpiños, y abrían su ojo zarco y hondo algunos pozos en cuyos brocales enlamados se esperezaban los gatos.

A la vivienda de don Basilio le tocaba un buen pedazo de corredor, limitado por dos

barandales de madera pintados de verde; tenía, además, cuatro enormes balcones que miraban a la calle, una calle semicolonial, semimoderna, en que, al lado de los poderosos muros rojos de tezontle, se erguía presuntuosa, con humos de *skyscraper*, tal o cual construcción de piedra con alma de hierro, semejando una pajarera gigantesca. Y, por último, ¡oh delicia!, la azotehuela, amplia, asoleada, llena de macetas y de gorjeos de canarios, estaba comunicada con la azotea, una inmensa azotea, donde crepitaba, semejante a velamen de barco, la ropa blanca, «tendida a secar», como en el verso de Bécquer.

Desde la azotea el espectáculo era solazoso y pintoresco. La heteróclita arquitectura de la ciudad, en que se codeaban todos los vejestorios y todas las fantasías de esa nueva escuela yanquilandesa que asaz nos invade; desde la torre cuadrada con su caperuza de azulejos, hasta la mansarda anodina, pintada de azul o rojo; desde el minarete morisco hasta la aguja gótica; desde la luminosa igle-

sia románica hasta el templecillo protestante, con reminiscencias ojivales y no sé qué de estación de ferrocarril en su conjunto; desde el férreo andamiaje desgarbado y zancón de las duchas, hasta el tubo ventilador que bosteza microbios... todo en un laberinto loco se destacaba en la atmósfera cristalina o nebulosa, ora sobre la limpieza europea de ciertas calles pavimentadas con esmero, ora sobre la adiposidad de los figones, de las tocinerías y de las «tablas» hormigueantes de *gatas* y de *pelados*.

En la noche, la magnificencia de las estrellas, esos imanes de oro que se atraen, cintilaba sobre aquella azotea privilegiada, especialmente en el cielo austral, no dentellado por altas construcciones; y muchas veces el *Centauro*, el *Escorpión* y el *Lobo* siguieron con sus pupilas diamantinas mis precoces meditaciones bajo el lujoso cielo mexicano.

Me basta una súbita evocación para mirar aún, hasta en sus menores detalles, el humil-

de escenario que describo; sobre todo, los balcones llenos de macetas, y la azotehuela, poblada de gorjeos y del monólogo embrollado de un perico lunático, cuya alma verde sufría frecuentemente accesos de cólera morbosa, durante los cuales mordía a la propia fámula que le llevaba las sopas de chocolate.

II

Antonia era una muchachita sencilla y afectuosa. Me quería de tal suerte, que se hubiera dejado matar por mí. Yo, con crueldades nacientes, que después me ha costado arduos esfuerzos dominar, gustaba de atormentarla. Cuando iba a mi casa (sombría y quieta desde la muerte de mi padre, tan quieta y tan sombría que toda la luz de mi niñez jamás bastó a alumbrarla), sometía yo a mi amiga a duras pruebas. Gustábame, por ejemplo, encerrarla en un cuarto obscuro y mantenerme a la puerta, espiando, con una tensión indecible de mis nervios, el menor signo

de pena. La pobre criatura permanecía por algún tiempo en un rincón, silenciosa, resignada; mas a poco poníase a sollozar dulcemente en la sombra, muy dulcemente... Entonces todas las fuentes de mi compasión se derramaban, y una voluptuosa piedad infantil, que después he pretendido en vano analizar, se apoderaba de mí. Abría yo la puerta, entraba a la pieza y llenaba de caricias a mi víctima, que poco a poco se consolaba entre mis brazos. Más tarde he pensado que esto no era, quizá, más que un sencillo refinamiento inconsciente para excitarme a quererla. Y es que mis grandes cariños jamás han podido tener otra forma que la de la piedad. Para que yo ame a alguien mucho fuerza es que le compadezca mucho. Las vidas llenas de sol y de alegría me inspiran el furtivo y curioso interés que experimento por un pajarillo locuelo. Las miro, oigo su cascabeleo y paso... Preciso es que detrás de una vida adivine yo el calvario de una tristeza, de un abandono, de una angustia, para que vaya

hacia ella lleno de un lirismo insensato. La felicidad del ser a quien amo traza un límite a mi amor. Yo me voy cuando el sol viene... Quién sabe si esto no es más que un supremo orgullo: el orgullo de dar siempre y de no recibir jamás, el orgullo de ser luz... O quién sabe si, por el contrario, es una suprema bondad en mi espíritu el amar de tal suerte.

En cierta ocasión, esta que yo llamo crueldad infantil, por no hallar en mi reducido léxico otro nombre que le cuadre, me condujo hasta la barbarie. La madre de Antonia, una buena mujer, gorda y plácida, aplanchaba una camisa de don Basilio en el comedor, a la hora de la siesta. Acababa la criada de traerle una plancha retiradita de las brasas, la que fué calada con un dedazo rápido del índice, previamente untado en saliva, y que produjo un chasquido peculiar, cuando vinieron a decir a la señora que alguien la llamaba con urgencia. Dejó la plancha verticalmente sobre la mesa, y fué a ver qué le querían. Yo, que jugaba en un rincón, inspirado por una idea

diabólica, dije, exabrupto, a Antonia, que vestía una muñeca allí cerca:

—Si me quieres, quémate un dedo en esa plancha.

La pobre criatura me miró con sus grandes, con sus enormes ojos negros desolados, y me respondió:

—Sí, te quiero... pero duele mucho.

—Pues si me quieres, pon el dedo en la plancha—insistí.

—¿Cuánto vas a que lo pongo de veras?—me respondió por fin entre resuelta y medrosilla.

—A ver...

...Y lo acercó, en efecto, con resolución, a la ardiente superficie de aquel hierro, y lo mantuvo ahí por dos segundos!

Luego retiró, lanzando un leve grito, su dedo ampollado, justamente a tiempo que volvía la señora.

—Pero, hija, ¿qué has hecho?—exclamó ésta al ver que la criatura sacudía, llorando, la mano atormentada.

Yo temblé, presintiendo una reprensión de la pobre madre. Estaba avergonzado de mi conducta. Pero Antonia se limitó a decir con su vocecita dolorida:

—Me quemé por un descuido, mamá.

—Ven—dijo ésta—, ven a que te ponga luego un trapo con aceite.

Y cuando la niña volvió con su dedo vendado y se me acercó entre satisfecha y llorosa, yo, con la voluptuosidad compasiva de que ya he hecho mérito, la cubrí de besos.

En aquel momento la adoraba...

III

Mi madre me envió a estudiar a un colegio de los Estados Unidos, adonde iba a verme cada año, y no volví a México sino siete años después, a los diez y nueve de edad, a disfrutar de algún reposo, mientras emprendía, en una ciudad de Europa, mis estudios profesionales.

Volví martajando el español, peinado de castaña, con una levita a grandes cuadros, que ostentaba sendos bolsillos exteriores en los faldones, unos zapatos claveteados como para *footing*, y metamorfoseados la agudeza e ingenio latinos (en mí muy problemáticos por lo demás), en unos «conejos» de padre y

muy señor mío, y una cachaza burlesca y pesada, fértil en bromas toscas y apoyada por la fuerza bruta, de la cual dí muestras contundentes en varias ocasiones, dejando tumefactos algunos carrillos.

Antonia había desaparecido por completo de mi campo visual. La pelota ocupaba por entonces mis ocios, y más de un mes se pasó desde mi llegada sin que nos viésemos; hasta que una tarde don Basilio vino a decir a mi madre que en su casa me habían preparado una comida a la mexicana, compuesta toda de aquellos platillos que eran en otros tiempos mi delicia.

Entonces no existían todavía en México las *Cordonbleu* yanquis que hoy preparan *the mole* como cualquier poblana de los viejos tiempos; ninguna *miss* vendía *mexican tamales*, ni americano alguno expendía en *The Queen Xochitl*, o algo por el estilo, *the richest pulque of the Country*, y el privilegio de nuestros buenos platillos clásicos estaba vinculado en pocas cocineras. La que tenía

don Basilio era doctora en eso de guisos, y aceptè con placer el convite.

Me encontré—y esta fué la impresión capital de mi visita—con una Antonia muy bella. Dicen que no hay diez y ocho años feos; los diez y siete suyos eran, por todo extremo, bien logrados y embelesadores.

La color trigueña, armonizando con los inmensos ojos negros, el espigado talle, la gallardía y el garabato del movimiento, la música de la voz, la tentación divina de la boca, un poco gruesa y fresca y apetitosa como una ciruela roja en el estío, hiciéronme olvidar por completo el futuro *menu* nacional, con todas sus promesas.

Diez vidas sucesivas serían impotentes para borrar de mi memoria la tarde de aquel día. Tras de una breve conversación en familia, Antonia y yo nos retiramos a uno de los balcones, a aquel que más amaba yo, porque estaba guarnecido de tiestos, entre los que descollaba mi favorito, uno de claveles disciplinados, que me placía en extremo, y empe-

zamos a desgranar el prestigioso rosario azul del «¿te acuerdas?»...

La luna, en su primer cuarto, se desplomaba en el abismo, láctea y fina, enredando nubecillas leves en sus radiosos cuernos de plata. La respiración suave de las macetas nos envolvía. La calle se agitaba con esa alegría del anochecer en las grandes ciudades; los focos incandescentes empezaban a mostrar en las tiendas su nudo de fuego; y entre la balumba hecha de todos los ruidos, del tintinear de los tranvías, del rodar acompasado de los coches, de los gritos de los vendedores, nuestros espíritus experimentaban un bienestar inefable, impregnándose misteriosamente de aquella resurrección del pasado, arrullados por una música interior, mecidos por no sé qué blanda mano invisible, como si se balancearan en la propia hamaca luminosa de la luna, que idealmente bella y bogando bajo un ligero pabellón de celajes, parecía la cuna de plata de un dios recién nacido allá en los cielos.

Antonia había cortado un clavel y puéstolo entre sus labios, y mordía con sus finos dientes azulados el tallo de la flor, sonriendo a mis palabras acariciadoras, que evocaban en sencillo lenguaje nuestra infancia.

Mi prolongada comunión con las almas sajonas habíame vuelto, quizá por contraste, un poco más idealista de lo que fuí, y la infinita poesía de aquella noche y de aquellos diez y siete años, míos, sólo míos, porque yo los había alumbrado todos con mi presencia o con mi recuerdo, me sumergía en la beatitud suprema.

—¿Te acuerdas—me dijo Antonia entre dientes—cuánto te gustaban mis claveles? ¡Muchas veces despojaste esta pobre macetita, que no ha dejado por eso de darlos cada día más bellos!

—¡Qué bien huele ese que tienes entre los labios!—le respondí.

Y lentamente, tímidamente, acerquéme para olerlo, y aspiré su esencia al par que el perfume de los diez y siete años, que se exhala-

ba virgen, poderoso, por la entreabierta boca en flor... Y como mis labios estaban tan cerca de los pétalos, y como los pétalos estaban tan cerca de sus labios, no supe cómo, no advertí con qué maquinal impulso besé el clavel y la boca... la boca y el clavel, a medias cada uno, suave y furtivamente a ambos, sin que ni antes ni después de aquella caricia sonase palabra alguna de amor, fuera del lejano y misterioso «¿Te acuerdas?»

IV

Adiós *Tennis, Criket, Base ball, Foot ball*, y todo ese herbazal de *championaje*, que me traía vueltos los sesos. La «conquista pacífica» había acabado allí, en el balcón, detenida ante la incontrarrestable conquista hecha de mi alma por los ojos de Antonia.

Después de una semana de vagar por la Reforma y Chapultepec, con las manos en los bolsillos (¡aquellos bolsillos!) de la levita yanqui, pensando en el «beso»; después de una semana de comer poco, de dormir menos, de esquivar la presencia de todo el mundo, hasta de Antonia, por un sentimiento de timidez extemporáneo y excesivo; después de una se-

mana, en suma, durante la cual se realizó en mí toda la ridícula sintomatología del amor, me resolví a dar un gran paso. Fuíme a ver a mi madre y le dije de primas a primeras, con una resolución poco común en mi carácter:

—Mamá, yo no quiero ir ya a Europa, no quiero ser ni médico, ni ingeniero, ni nada... Lo que quiero es casarme con Antonia.

—¡Con Antonia!

Mi madre se echó a reir con una risa nerviosa que me desconcertó en absoluto, y pasado este momento de hilaridad, altamente ofensivo para mí, la escena cambió por completo con un «¡Pero tú estás loco, pobre hijo mío!» Al cual siguió el viejo razonamiento de rigor, el asendereado estribillo de «la desigualdad de educación», rociado con lágrimas, con reproches, tan de clisé, como el «Ingrato, ya no quieres a tu madre», y sazonado con un ataque de nervios a la mexicana, tres días de cama, cierta resignada actitud sentimental, suspiros mezclados de un «Al fin y al cabo yo he de durar poco», y, por últi-

mo, pasada la crisis, insinuantes confidencias acerca de una muchachita muy buena, muy distinguida, muy linda, hija de una vieja amiga de infancia (naturalmente), que me quería, y con la cual me casaría a mi regreso... Pues, ¿y mi viaje a París? ¿Qué, era moco de pavo eso de conocer París de Francia, la capital del mundo, y poder volver al cabo de algún tiempo a mi tierra, con un «Yo estuve en París» en el bolsillo del chaleco? ¡Ah! y no volver «así no más», sino con un título profesional, y, como si todo esto no bastara, encontrarme en México, para alumbrar las leves tinieblas que se atreviesen a opacar el excepcional esplendor de mi vida, con cierta «güerita» de ojos de pervinca y de labios finos que deletrearían temblando, junto a los míos, la santa palabra ritual y misteriosa, el verbo eterno del amor humano...

—Pobre Paquito mío, que quiere trocar todo esto por un amorcillo romántico de casa de vencidad; por una Pepita de «adentro 4»; por la hija del cobrador de mis casas... *Sho-*

king... (este *shoking*, así como ciertas palabras demasiado literarias, conste que no las dijo mi mamá).

—Buena muchacha, cierto, y un hombre ejemplar ese don Basilio. En veinte años que llevaba de administrar nuestras fincas jamás había inventado una gotera... jamás se había cogido un real. Ella los estimaba mucho, los protegería siempre, y acabaría por casar a la chica con un hombre honrado, trabajador, que la hiciera feliz... Pero conmigo, ¡qué disparate!

Inútil me parece decir que mi madre me convenció bien y pronto, y que un mes después, sin haberle dejado a Antonia de mí más que la mitad de aquel beso compartido entre el clavel y sus labios, partí para Francia.

V

Torné al cabo de seis años, y supe que don Basilio y su esposa habían muerto, que Antonia se había casado y tenía tres hijos. Mi madre la había apadrinado. «Sólo que, según sus palabras, no había tenido buena mano.»

—Figúrate —añadió— que su marido bebe, bebe mucho desde hace dos años, y ella está muy enferma, tiene un tumor, dicen que canceroso... Si no fuera por mí, la hubiera matado el hambre antes que la enfermedad, que no la ha de perdonar por cierto. Parecía tan honrado y tan laborioso su marido... Es un mecánico inteligente y trabajador, especialista en bicicletas, y trabajaba en una casa de la

Avenida Juárez, hasta que no le dió por la bebida y lo pusieron de patitas en la calle. ¡Pobre Antonia!

Confieso que, al oir a mi madre, sentí un vago malestar y hasta un poquillo de remordimiento; mas este último me lo sacudí del cerebro con una reflexión perogrullesca: yo no tenía la culpa de que el marido de Antonia bebiera.

Pocos días después de tal conversación, una mañana, a eso de las diez, leía yo los diarios, arrellanado en una mecedora de mimbre, en el corredor de mi casa, cuando un chiquillo de cuatro a cinco años de edad, muy pobremente vestido, subió como relámpago la escalera, y casi casi fué a caer sobre mi asiento.

Yo hice un movimiento de sorpresa, al que él respondió, pálido y cortado el aliento, diciéndome:

—Vengo a buscar a la señora...

Mi madre había salido a misa y dicho que después iría a hacer algunas compras.

—Volverá tarde—respondí al chiquillo, cuyos enormes ojos azorados se clavaban en mí con angustia—. ¿Qué le querías?

—Mamá sigue mala y deseaba verla.

—Y ¿quién es «mamá»?

El niño se quedó perplejo por un instante; mas luego respondió lleno de convicción:

—Mamá Toña, mamá Toña...

—¡Mamá Toña!

Comprendí, y si no lo hubiera comprendido, habríanmelo dicho aquellos ojos aterciopelados, llenos ahora de una honda pena: ¡los mismos ojos de Antonia!

—La señora vendrá tarde —indiqué al niño, y, movido por repentina piedad, añadí: —Pero dile a tu mamá, que yo, Francisco, iré a verla en cuanto me vista, de aquí a una hora. ¿Dónde viven?

—Donde siempre— replicó el niño con sencillez, y después de una furtiva despedida, echó a correr con la velocidad con que había venido.

VI

La misma vivienda, clara y amplia, la misma calle semicolonial, semimoderna, en que, al lado de los poderosos muros rojos de tezontle, se erguía, presuntuosa y con humos de *skyscraper*, tal o cual construcción de piedra con alma de hierro... Sólo que ahora, lo nuevo era más, y lo viejo era menos. Al entrar me chocó, empero, cierto desorden en la casa, cierto abandono, cierta desolación, el *sunt lacrimæ rerum*... suspirado por los muebles rotos y por las paredes desmanteladas... En el comedor, primera pieza que atravesé, el

marido de Antonia, alcoholizado, roncaba estrepitosamente. En la salita, casi vacía, una muchacha indígena mecía en sus entecos brazos a una criatura hética, que berreaba a grito herido. Cerca de una de las vidrieras, donde algunos rectángulos de papel de periódico amarillento, que hinchaba a cada paso el aire de la calle, suplían a los vidrios ausentes, una chiquilla como de tres años jugaba con carretes vacíos e hilachos descoloridos, murmurando no sé qué soliloquio incoherente y apacible. Iba yo a pasar a la pieza inmediata, la de Antonia sin duda, cuando el niño de marras, que había salido a recibirme, me dijo:

—Que dice mi mamá que si no le hace el favor de esperar un momentito. Se está arreglando.

«Se está arreglando»...; esta sencilla frase era todo un poema de delicadeza; era una sonrisa, una leve sonrisa al viejo amor, que flotaba sobre toda aquella miseria y toda aquella pena. El pasado tornó a llamar con

su mano de fantasma a mi corazón, pero tan quedo... ¡había transcurrido tanto tiempo!... Por fin, el chiquillo volvió; con sencilla familiaridad me dió la mano y me condujo a la pieza de Antonia. Yacía ésta en un pequeño catre de hierro desconchado, y, con un esfuerzo que se adivinaba a primera vista, había arreglado las ropas, zurcidas, pero albeantes, hecho sacudir y ordenar los pobres muebles de la estancia, y (dulce y melancólica coquetería de enferma) habíase puesto un caracol muy limpio, ornado con un viejo «listón» malva, único lujo de su indigencia, prenda única que encontró, sin duda, a mano, para recibirme...

Me sonrió con una pálida, y dijera yo «otoñal» sonrisa, y me indicó una silla de tule a su lado.

—¿Cómo estás?—me dijo con una inflexión de tranquilo afecto—; ¡qué «grande» has vuelto! Tenía muchos deseos de verte, pero me daba pena escribírtelo... Yo estoy muy enferma, muy enferma... si supieras—y me-

neaba la cabeza con un movimiento acompasado, de una melancolía indecible.

Me senté a su lado, y ella, con una sencillez infinita, ajena a toda ilusión, a todo reproche, con una inflexión de paz, de abandono, de resignación casi animal ante la vida, como si su único día de amor, la esplendidez de su único día de amor, se hubiera ya perdido entre las perspectivas más lejanas de su existencia, ahogado en un mar de alcohol, de miseria, de enfermedad y de hastío, siguió diciendo:

—Desde que tú te fuiste me ha ido muy mal. Sabrás que me casé. Mi marido era al principio muy trabajador y muy bueno; pero los amigos lo han perdido, los amigos y su debilidad de carácter. Ahora es incorregible, bebe sin cesar, y aunque en el fondo le apena verme tan enferma, el vicio puede más que él. Tu mamá, que ha sido mi providencia en la tierra, me ha prometido que lo pondrá en un asilo, a ver si lo curan con esas inyecciones de bicloruro de oro, que diz que son tan

buenas y eficaces... Ya tiene un principio de *delirium tremens,* y las noches que pasamos con él son espantosas.

Mientras hablaba con aquella monótona tristeza mezclada de estoicismo, yo la contemplaba con pena. Sus encantos de los diez y siete años habían desaparecido por completo; su cutis estaba manchado de paño; su busto era tan descarnado, que daba angustia; solamente sobre el desastre de su hermosura, sobre el derrumbamiento entero de su gracia, sus dos ojos, sus dos enormes ojos aterciopelados, negros y pensativos, seguían radiando misteriosamente, como dos estrellas sobre una ruina abandonada...

Y siguió su monólogo:

—Desde mi último niño no he quedado bien, y no puedo levantarme sino con dolor y fatiga, con mucha fatiga, sobre todo. No creas, tengo miedo de ya no aliviarme. Es una enfermedad de la cintura la que he contraído, puede ser que un tumor. No tengo fuerza para nada... Carlitos — y señalaba al

mayorcito de sus hijos, el que me había guiado, y que en aquel momento, arrodillado al pie del lecho, clavaba en su mamá sus bellos ojos acariciadores—es el único que me ayuda... ¡Pero es tan pequeño! La muchacha mandadera se ocupa el día entero con la criatura, que está enferma también y llora mucho...

Y todo esto lo monologaba más que lo refería, con la misma voz lejana, igual, velada apenas por una sombra de dolor. Ya no pretendía resucitar ni evocar siquiera el pasado; había abdicado de todo, de su hermosura, de su juventud... hasta de sus recuerdos quizá. Ya no pensaba tal vez nunca en su infantil idilio roto... ¿Para qué?... Cuando se bracea en plena borrasca no es el momento de recordar la vieja barca lírica que al son de flautas y violines nos llevaba por el canal apacible, sombreado de álamos, hacia la escalinata de mármol... Quizá, a lo sumo, alguna vez, en la desolación de su espíritu resignado, murmuraba, vaga, muy vagamente, aquel «pudo ha-

ber sido»... consuelo único de lo irremediable, que inspiró a Dante Gabriel Rossetti sus versos dolorosos:

«Look in my face, my name is might have been...»

No flotaba en su naufragio ni un átomo siquiera de su vanidad de mujer; la enfermedad y las penas la habían afeado y destruído, ella lo sabía bien; y sus ojos decían que ya no esperaba nada, que ya no quería nada, que no tenía reproche alguno que hacerme ni que hacerle a la vida, y que sólo pedía un poco de pan y un poco de piedad para sus hijos.

Mi vieja misericordia se derramó sobre mi espíritu como una agua clara, y humedeció mis ojos con dos lágrimas... que procuré ocultar. Tomé dulcemente la mano de la enferma, aquella pobre y pálida mano, en uno de cuyos dedos se notaba aún la cicatriz de la quemada de antaño, y acariciándola con abandono fraternal entre las mías, le dije:

—Tranquilízate, Antonia: ya nada te faltará... ya nada les faltará a tus hijos.

Después, sintiéndome incapaz de permanecer sereno, me levanté para marcharme.

—Hoy mismo—añadí—te enviaré un buen médico; mi madre también vendrá a verte y te traerá todo lo necesario.

—Dios te lo pague, Francisco, Dios te lo pague...—añadió la enferma—. Hasta lueguito entonces, ¿eh? Dios te lo pague.

Y de pronto, como movida por una súbita y delicada inspiración:

—Mira, Carlitos—dijo al niño—, abre el balcón y córtate un clavel de la maceta, para el señor. Todavía ayer los regué—agregó, dirigiéndose a mí—en un momento en que pude levantarme... *Son de los mismos...*

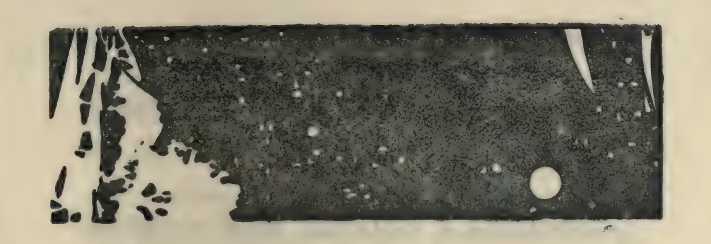
Volvió el niño con la flor, y ella la tomó; hizo que me acercara, e incorporándose con pena, la prendió trabajosamente en el ojal de mi levita.

Después, como para defenderse de una emoción que acaso sentía ya brotar a sus

ojos en sal y amargura de llanto, atrajo a su pecho la cabecita de su hijo, murmurándome aún: «Hasta lueguito; que Dios te lo pague», y escondió su rostro entre los rizos pálidos del niño, mientras yo me alejaba lentamente...

DOS RIVALES





I

EMPEZABAN a temblar sobre el mar las primeras estrellas. El día había sido caluroso y la noche prometía ser diáfana y tranquila. A la entrada del puerto levantaba su mole la montaña, áspera, rocallosa, en cuya cima, que formaba una altiplanicie de considerable extensión, se erguían, próximo al cantil que se derrumbaba a pico produciendo un vértigo, el Fuerte, y hacia el declive opuesto, medio escondido por una quebradura del terreno, el Observatorio, con sus dos cuerpos, en que abrían su ojo enorme, quieto y misterioso, un ecuatorial y un meridiano.

En el Fuerte se alargaban enormes cañones de acero, sobre el tumulto perenne de las olas.

Empezaban a tembletear en la superficie del océano las imágenes de las primeras estrellas, y a esa hora en que la luz se va y el misterio llega, las cosas, que tienen un alma arcana e indefinible, hablan un lenguaje que los solitarios, los contemplativos y los tristes entienden. El telescopio, que por una brecha de la cúpula giratoria asomaba ya su límpida pupila para clavarla en la estrella doble *Alfa* del *Centauro,* la cual surgía a la sazón por el Sur, y el cañón, fastidiado de acechar el horizonte, de donde no se alzaba ni el más vago humillo de un buque lejano, empezaron a dialogar entre sí.

Y dijo el cañón, malhumorado:

—Eh, bestia curiosa y lírica... ¿No te has saciado aún de comadrear con los planetas y de requerir de amor a las estrellas? ¡Vida más inútil la tuya!... Vida de poeta trasnochador y trasnochado, que se baña místicamente en los

rayos de la luna o en los lejanos rayos de los lejanos soles... ¡Perezoso! La acción es todo en los tiempos que corren... El ensueño es una pobre túnica de jacinto, pasada de moda, que es fuerza arrojar muy lejos... Yo soy un monstruo activo. Yo defiendo la entrada del puerto, y muchos acorazados han sentido en sus flancos sonoros mi bofetón de acero, que abre heridas incurables... ¡Ah! ¡Cuántos he echado a pique!... Llegaban ostentando banderas en que reían todos los colores, empavesados como para una fiesta, pintados de blanco, como palomas... Radiaban al sol sus graciosas torrecillas de acero. Sus cañones se estiraban en ellas, abriendo su ojo negro y silencioso... De pronto, de uno de los costados del buque se escapaba un humo leve, oíase luego una detonación, y un cuerpo obscuro pasaba con cierta molicie describiendo una parábola en el azul inmaculado. «Ha llegado mi hora», decíame yo entonces, y se estremecían de entusiasmo mis entrañas.

Mi parte posterior giraba como una puer-

tecilla, y la luz me atravesaba por completo. Luego una palanca neumática levantaba con suavidades de seda el proyectil, que cerraba herméticamente el orificio... Un momento de cálculo, un estremecimiento, y la enorme masa de metal salía de mi boca e iba, siempre justa, precisa siempre, a herir los quince centímetros de blindaje del acorazado... ¡Con qué placer casi insensato lanzaba yo el segundo proyectil, y vomitaba luego el tercero, y luego el cuarto!... ¡Ah! Te aseguro que no marraba ninguno, que no ha marrado ninguno... Mi artillero es un doctor en eso de puntería... Aquella fortaleza maravillosa que momentos antes deslizaba por el azur de las ondas la gracia magnífica de su casco y la aérea coquetería de sus banderolas, se inclinaba después entre torbellinos de espuma, giraba vertiginosamente, se hundía con todo su poderío ante mi bocaza ignívoma, que no ha conocido jamás el sabor de la misericordia... ¡Ah, sí! Yo trabajo, yo soy activo, yo combato, yo triunfo, y cuando la paz amena-

za con dejar mis fauces ociosas, quédame el recurso de las fiestas patrióticas, las alegres salvas que se repiten tres veces al día, desde el júbilo del alba hasta la melancolía del crepúsculo. Me quedan los saludos de cortesía a los buques amigos; me queda el ejercicio técnico de los artilleros, que usan en el blanco el poder de mis proyectiles... Mientras que tú, pobre ideólogo, abres tu ojo obstinado ante la indiferente luz de las inaccesibles estrellas!

II

Y el telescopio respondió:

—Mientras tú cierras la entrada del puerto, yo abro la entrada del infinito. Soy, en efecto, la pupila perpetuamente dilatada ante el abismo, el ojo que ha sorprendido la desnudez de la noche, como Acteón la de Diana, y todos los secretos de las constelaciones. Por mí sabrá el hombre de dónde viene y adónde va; por mí comprenderá en un día no lejano los enigmas del universo. Seré yo quien descubra las humanidades planetarias, y a través de mi lente se saludarán las almas de todas las provincias del sistema solar.

Yo he encontrado la maravilla de las es-

trellas múltiples, de los soles dúplex, triples y cuádruplos que, en concierto indescriptible, giran los unos alrededor de los otros, mezclando los fuegos multicolores de sus focos inmensos; yo he escarbado en el polvo lácteo de las nebulosas y en la luz fosforescente de los cometas; yo he medido los enormes Himalayas de Mercurio y de Venus, ante los cuales el Gaorisankar, con sus 8.840 metros, es una colina; los canales de Marte, de gemminaciones enigmáticas, y los satélites de Júpiter. Yo he bajado a los circos de la luna, he ascendido a sus cordilleras solitarias, he recorrido sus ranuras y abras gigantescas, he atravesado sus mares muertos... La selenografía no tiene para mí secretos, y, a través de la luz de plata del planeta, he adivinado los vestigios de sus vidas milenarias. Yo he penetrado en el nutrido enjambre de las masas estelares. Yo he analizado con el espectroscopio la constitución química de los astros, y sé los metales que arden en los soles lejanos. Yo he sondeado el horror de los

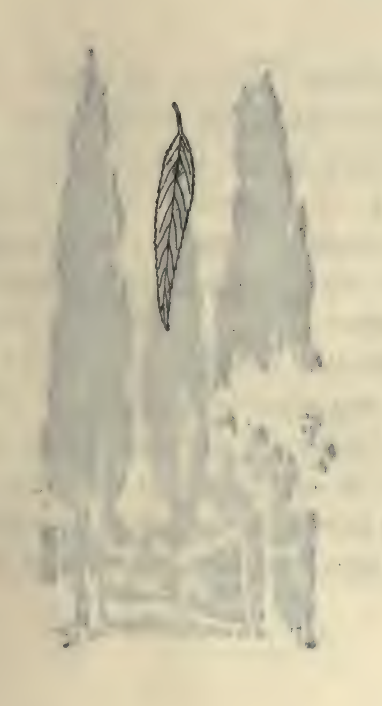
sacs à charbon, ¡negros balcones del infinito por donde se asoma el horror de la nada!... Yo sé de planetas que nublan momentáneamente el fulgor de sus soles, haciéndoles descender tres o cuatro magnitudes en algunas horas. Y de estrellas como la temporal de Perseo, que fraguan un universo a nuestra vista. Yo he sondeado tanto... yo he visto tanto... que casi he visto a Dios. Sin mí la humanidad viviría en la ignorancia absoluta de su estado, de su posición en el infinito, y soñaría aún en las grandes columnas de bronce que diz que sostenían el mundo y en la gran esfera de cristal en que estaban engastados los astros, cuyo centro coincidía con el de la tierra y que giraba alrededor de uno de sus diámetros. Sin mí la tierra mezquina, punto de arena perdido entre los esplendores del sol, sería aún el centro del universo.

Si un día la humanidad, en vez de destrozarse, se tiende la mano para siempre y marcha fraternalmente hacia el porvenir, hacia la eternidad; si algún día el misterio de nues-

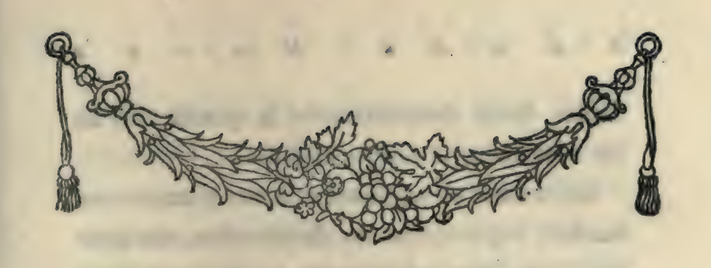
tros destinos aparece escrito con estrellas en algún rincón del éter; si, por último, algún día el hombre levanta sus ojos al espacio para ya no bajarlos más a contemplar el lodo del camino, me lo deberá a mí, a mí, el ojo diáfano, sereno, imperturbablemente abierto ante el infinito...

Cuando el telescopio hubo concluído su discurso, satisfecho de la elocuencia desplegada, volvióse hacia su émulo, con una expresión de ingenuo amor propio, que hacía más brillante aún el cristal de su objetivo de 98 centímetros. Pero el cañón hacía tiempo que no escuchaba sus palabras: se había dormido.

UNA ESPERANZA







I

En un ángulo de la pieza, habilitada de capilla, Luis, el joven militar, abrumado por todo el peso de su mala fortuna, pensaba.

Pensaba en los viejos días de su niñez, pródiga en goces y rodeada de mimos, en la amplia y tranquila casa paterna, uno de esos caserones de provincia, sólidos, vastos, con jardín, huerta y establos, con espaciosos corredores, con grandes ventanas que abrían sobre la solitaria calle de una ciudad de segundo orden (no lejos por cierto de aquella en que él iba a morir), sus rectángulos cubiertos por encorvadas y potentes rejas, en las

cuales lucía discretamente la gracia viril de los rosetones de hierro forjado.

Recordaba su adolescencia, sus primeros ensueños, vagos como luz de estrellas, sus amores (cristalinos, misteriosos, asustadizos como un cervatillo en la montaña y más pensados que dichos), con la «güerita» de enagua corta, que apenas deletreaba los libros y la vida...

Luego desarrollábase ante sus ojos el claro paisaje de su juventud fogosa, sus camaradas alegres y sus relaciones, ya serias, con la rubia de marras, vuelta mujer, y que ahora, porque él volviese con bien, rezaba ¡ay! en vano, en vano...

Y, por último, llegaba a la época más reciente de su vida, al período de entusiasmo patriótico, que le hizo afiliarse al partido liberal, amenazado de muerte por la reacción, a la cual ayudaba en esta vez un poder extranjero; y tornaba a ver el momento en que un maldito azar de la guerra, después de varias escaramuzas, le había llevado a aquel espantoso trance.

Cogido con las armas en la mano, hecho prisionero y ofrecido con otros compañeros a trueque de las vidas de algunos oficiales reaccionarios, había visto desvanecerse su última esperanza, en virtud de que la proposición de canje llegó tarde, cuando los liberales, sus correligionarios, habían fusilado ya a los prisioneros conservadores.

Iba, pues, a morir. Esta idea, que había salido por un instante de la zona de su pensamiento, gracias a la excursión amable por los sonrientes recuerdos de la niñez y de la juventud, volvía de pronto, con todo su horror, estremeciéndole de pies a cabeza.

Iba a morir... ¡a morir! No podía creerlo, y, sin embargo, la verdad tremenda se imponía: bastaba mirar en rededor: aquel altar improvisado, aquel Cristo viejo y gesticulante sobre cuyo cuerpo esqueletoso caía móvil y siniestra la luz amarillenta de las velas, y, allí cerca, visibles a través de la rejilla de la puerta, los centinelas de vista... Iba a morir, así: fuerte, joven, rico, amado... ¡Y todo por qué! Por una

abstracta noción de Patria y de partido... ¿Y qué cosa era la Patria!... Algo muy impreciso, muy vago para él en aquellos momentos de turbación; en tanto que la vida, la vida que iba a perder, era algo real, realísimo, concreto, definido... ¡era su vida!

—¡La Patria! ¡Morir por la Patria! —pensaba—. Pero es que ésta, en su augusta y divina inconsciencia, no sabrá siquiera que he muerto por ella...

—«¡Y qué importa, si tú lo sabes!» —le replicaba allá dentro un subconsciente misterioso—. «La Patria lo sabrá por tu propio conocimiento, por tu pensamiento propio, que es un pedazo de su pensamiento y de su conciencia colectiva: eso basta...»

No, no bastaba eso... y, sobre todo, no quería morir: su vida era «muy suya», y no se resignaba a que se la quitaran. Un formidable instinto de conservación se sublevaba en todo su ser y ascendía incontenible, torturador y lleno de protestas.

A veces, la fatiga de las prolongadas vigi-

lias anteriores, la intensidad de aquella sorda fermentación de su pensamiento, el exceso mismo de la pena, le abrumaban, y dormitaba un poco; pero entonces, su despertar brusco y la inmediata, clarísima y repentina noción de su fin, un punto perdida, eran un tormento inefable; y el cuitado, con las manos sobre el rostro, sollozaba con un sollozo que, llegando al oído de los centinelas, hacíales asomar por la rejilla sus caras atezadas, en las que se leía la secular indiferencia del indio.

II

Se oyó en la puerta un breve cuchicheo, y en seguida ésta se abrió dulcemente para dar entradã a un sombrío personaje, cuyas ropas se diluyeron casi en el negro de la noche, que vencía las últimas claridades crepusculares.

Era un sacerdote.

El joven militar, apenas lo vió, se puso en pie y extendió hacia él los brazos como para detenerlo, exclamando:

—¡Es inútil, padre; no quiero confesarme!

Y sin aguardar a que la sombra aquella respondiera, continuó con exaltación creciente:

—No, no me confieso; es inútil que venga usted a molestarse. ¿Sabe usted lo que quiero?

Quiero la vida, que no me quiten la vida: es mía, muy mía y no tienen derecho de arrebatármela... Si son cristianos, ¿por qué me matan? En vez de enviarle a usted a que me abra las puertas de la vida eterna, que empiecen por no cerrarme las de ésta... No quiero morir, ¿entiende usted? Me rebelo a morir: soy joven, estoy sano, soy rico, tengo padres y una novia que me adora; la vida es bella, muy bella para mí... Morir en el campo de batalla, en medio del estruendo del combate, al lado de los compañeros que luchan, enardecida la sangre por el sonido del clarín... ¡bueno, bueno! Pero morir obscura y tristemente, pegado a la barda mohosa de una huerta, en el rincón de una sucia plazuela, a las primeras luces del alba, sin que nadie sepa siquiera que ha muerto uno como los hombres... ¡padre, padre, eso es horrible!

Y el infeliz se echó en el suelo, sollozando.

—Hijo mío—dijo el sacerdote cuando comprendió que podía ser oído—: yo no vengo a traerle a usted los consuelos de la reli-

gión; en esta vez soy emisario de los hombres y no de Dios, y si usted me hubiese oído con calma desde un principio, hubiera usted evitado esa exacerbación de pena que le hace sollozar de tal manera. Yo vengo a traerle justamente la vida, ¿entiende usted? esa vida que usted pedía hace un instante con tales extremos de angustia... ¡La vida que es para usted tan preciosa! Oigame con atención, procurando dominar sus nervios y sus emociones, porque no tenemos tiempo que perder: he entrado con el pretexto de confesar a usted y es preciso que todos crean que usted se confiesa: arrodíllese, pues, y escúcheme. Tiene usted amigos poderosos que se interesan por su suerte; su familia ha hecho hasta lo imposible por salvarlo, y no pudiendo obtenerse del Jefe de las Armas la gracia de usted, se ha logrado con graves dificultades e incontables riesgos sobornar al jefe del pelotón encargado de fusilarle. Los fusiles estarán cargados sólo con pólvora y taco; al oir el disparo, usted caerá como los otros, los que con

usted serán llevados al patíbulo, y permanecerá inmóvil. La obscuridad de la hora le ayudará a representar esta comedia. Manos piadosas —las de los hermanos de la Misericordia, ya de acuerdo— le recogerán a usted del sitio en cuanto el pelotón se aleje, y le ocultarán hasta llegada la noche, durante la cual sus amigos facilitarán su huída. Las tropas liberales avanzan sobre la ciudad, a la que pondrán sin duda cerco dentro de breves horas. Se unirá usted a ellas si gusta. Conque... ya lo sabe usted todo: ahora rece en voz alta el «Yo pecador», mientras pronuncio la fórmula de la absolución, y procure dominar su júbilo durante el tiempo que falta para la ejecución, a fin de que nadie sospeche la verdad

—Padre—murmuró el oficial, a quien la invasión de una alegría loca permitía apenas el uso de la palabra—¡que Dios lo bendiga!

Y luego, presa súbitamente de una duda terrible:

—Pero... ¿todo esto es verdad?—añadió, temblando—. ¿No se trata de un engaño pia-

doso, destinado a endulzar mis últimas horas? ¡Oh, eso sería inicuo, padre!

—Hijo mío: un engaño de tal naturaleza constituiría la mayor de las infamias, y yo soy incapaz de cometerla...

—Es cierto, padre; ¡perdóneme, no sé lo que digo, estoy loco de contento!

—Calma, hijo, mucha calma y hasta mañana; yo estaré con usted en el momento solemne.

III

Apuntaba apenas el alba, una alba desteñida y friolenta de Febrero, cuando los presos —cinco por todos—que debían ser ejecutados, fueron sacados de la prisión y conducidos, en compañía del sacerdote, que rezaba con ellos, a una plazuela terregosa y triste, limitada por bardas semiderruídas y donde era costumbre llevar a cabo las ejecuciones.

Nuestro Luis marchaba entre todos con paso firme, con erguida frente, pero llena el alma de una emoción desconocida y de un deseo infinito de que acabase pronto aquella horrible farsa.

Al llegar a la plazuela, los cinco reos fueron

colocados en fila, a cierta distancia, y la tropa que los escoltaba, a la voz de mando, se dividió en cinco grupos de a siete hombres, según previa distribución hecha en el cuartel.

El coronel del Cuerpo, que asistía a la ejecución, indicó al sacerdote que vendara a los reos y se alejase luego a cierta distancia. Así lo hizo el padre, y el jefe del pelotón dió las primeras órdenes con voz seca y perentoria.

La leve sangre de la aurora empezaba a teñir con desmayo melancólico las nubecillas del Oriente, y estremecían el silencio de la madrugada los primeros toques de una campanita cercana que llamaba a misa.

De pronto una espada rubricó el aire, una detonación formidable y desigual llenó de ecos la plazuela, y los cinco cayeron trágicamente en medio de la penumbra semirrosada del amanecer.

El jefe del pelotón hizo en seguida desfilar a sus hombres con la cara vuelta hacia los ajusticiados, y con breves órdenes organizó

el regreso al cuartel, mientras que los hermanos de la Misericordia se apercibían a recoger los cadáveres.

En aquel momento, un granuja de los muchos mañaneadores que asistían a la ejecución gritó con voz destemplada, señalando a Luis, que yacía cuan largo era al pie del muro:

—¡Ese está vivo! ¡Ese está vivo! Ha movido una pierna...

El jefe del pelotón se detuvo, vaciló un instante, quiso decir algo al pillete; pero sus ojos se encontraron con la mirada interrogadora, fría e imperiosa del coronel, y desnudando la gran pistola de Colt, que llevaba ceñida, avanzó hacia Luis, que, presa del terror más espantoso, casi no respiraba, apoyó el cañón en su sien izquierda, e hizo fuego.

EL VIEJECITO





I

CADA vez que esta rueda del año, más erizada de púas que la de Santa Catalina (a juzgar por las penas que nos trae), ha dado una vuelta completa, y que el apacible y triste Valle de México se cubre con el manto cristalino de las primeras heladas, me acuerdo de una relación de Donaciana, mi vieja nodriza, hecha, diciembre por diciembre, en los últimos días del mes, en un rincón de la cocina humosa y cordial. En mi país no hay tradiciones poéticas. El viejo Noel francés, cuya sonrisa bonachona ilumina la selva virgen de una barba en la que han nevado tantos in-

viernos, jamás ha sido mentado por aquellas comarcas; Santa Clauss, a pesar de la vecindad yanqui, no ha aparecido tampoco nunca por mis valles, con su cargamento de regalos. La poesía íntima y suave de la chimenea, en que un tronco arde crepitando, es ajena por completo a aquellos modestos hogares. Ningún niño pone, por lo tanto, sus zapatitos, y con ellos su ilusión, a la vera del fuego amable, y ninguno se despierta rodeado de juguetes. Unos cuantos alemanes, expatriados definitivamente, que de luengos años atrás comercian en aquellos rumbos y que han llevado consigo sus prestigiosas tradiciones, velan el 24 de Diciembre, rodeados de sus hijos, alrededor del árbol maravilloso; pero la bella costumbre ni por ésas se aclimata en mi costa. El árbol que da juguetes no prende en mis trópicos: es el árbol del Norte, árbol del frío, árbol de perfumes boreales, árbol de las montañas desconocidas en cuya cima duerme siempre la nieve...

Así, pues, lo único que individualizaba en

aquella sazón e individualiza aún en mis recuerdos el fin del año eran: las letanías de los Santos, que se rezaban en la parroquia, y a los cuales nos llevaba mi madre de la mano; la escarcha de los collados olorosos..., y el relato de mi nana.

Allá como por el 28 de Diciembre, mi nana empezaba a contarnos de un viejecito, muy viejecito, que se estaba muriendo. El 29, el viejecito estaba más viejecito aún; el 30, no pudiendo tenerse en pie, se metía en cama...

El 31, el interés del relato subía de punto para nosotros. A las oraciones rodeábamos ya a mi nana, muy abiertos los ojos, nidos de inefables curiosidades, muy atento el oído, en el rincón humoso de la cocina, y mientras la olla cantaba en la hornilla y el gato barcino y enorme «hilaba» cerca del fuego, preguntábamos hasta la saciedad a cada minuto:

—¿Y el viejecito, nana, y el viejecito?

—Muy viejecito y muy enfermo—respondía Donaciana misteriosamente—; se está muriendo en una cama llena de escarcha... Pron-

to vendrá el padre a confesarlo. Ya fueron por él.

—¿Y cómo es el viejecito, nana?

—¡Ah! es tan flaco que parece un manojito de huesos... Tiene los ojos muy azules, pero ya muy empañados.

—¿Como mi abuelita?

—Como tu abuelita... Las arrugas aran su rostro y recuerdan los surcos en las tierras de labor que ahora cubre la helada. Es muy bajito y tiene un báculo para apoyarse; ¡pero ya no se levantará de la cama!

—¿Y no tiene hijos el viejecito?

—Tiene uno, uno solo, que va a nacer hoy a las doce en punto de la noche; uno muy colorado y muy guapo, que va a nacer...

Aquello nos satisfacía plenamente, porque ya sabíamos, hasta de vicio, que el viejecito era el año que acababa, y su hijo, el año que iba a llegar.

A medida que se aproximaba la noche, el viejecito se ponía más malo; empezaba a agonizar...; le ayudaban a bien morir... Pero nun-

ca asistimos ni a su muerte ni al nacimiento de su hijo, por una sencilla razón: nos acostaban temprano...

Durante muchos años, el monótono relato se repitió invariablemente cada diciembre... Yo iba creciendo, y a pesar de mis libros elementales, martajados en la escuela particular, donde dos buenas señoras nos hacían deletrear las primeras nociones de Geografía y Cosmografía, seguí viendo al año que se iba como un viejecito moribundo de ojos azules y cabellos de lino, y al año nuevo como un bebé rollizo y endiablado, hijo del anterior...

II

Después aprendí muchas cosas: aprendí que la tierra es el tercero de los planetas de nuestro sistema, una estrella tan luminosa como Venus; que gira alrededor del sol en un período casi idéntico al que constituye nuestro año civil; que su juventud es eterna con relación a nuestra existencia de relámpagos; que el hielo del invierno cobija bajo su manto la escondida germinación de la primavera próxima; que todo renace incesantemente; que un día nosotros seremos viejos y nos acostaremos para siempre en una negra *cuna*, alargada y triste, para ya no ver más ni el ru-

bor de las mañanas, ni la mies de oro de los medios días, ni la austeridad melancólica de los crepúsculos. Pero que no por eso la fuerza reproductora cesará en el mundo; y volverán las primaveras año por año, y las gentes seguirán confiando sus esperanzas a los Eneros, para recoger la cosecha de tristezas de los Diciembres; y los niños reirán como siempre, aunque ya no podamos oirlos; y las parejas adolescentes se buscarán las bocas para besarse y los ojos para mirarse mucho, aunque ya no podamos verlas; y los perfumes, y el calor suave del día, y el enigma argentado de las noches, seguirán sucediéndose, aunque ya no podamos sentirlos...

Aprendí que el tiempo no es más que uno de tantos subjetivismos, como el espacio; que el latido del universo continuará *in æternum;* que el sol, enfriado, se convierte en planeta; el planeta viejo se disgrega y cae en la hornaza de otro sol, y que, de la nebulosa que se condensa al mundo que acaba, hay un eterno y divino sendero de fuerza y de resurrección

y de amor; que la vida del hombre más larga de que haya memoria no dura lo que una estrella, la más rápida, tarda en desplazarse, aparentemente, un centímetro en el cielo... Aprendí, en fin, que no es el tiempo el que pasa, sino nosotros los que pasamos...

III

Mas no he olvidado al viejecito de marras, al viejecito de ojos tan azules como los de mi novia, que besé tantas veces; de cabellos tan blancos como la piel sedosa de mi novia, cuyo calor invadía mi corazón cuando, mano entre mano, íbamos por los caminos, queriendo sorprender en la frente de los ocasos el último pensamiento de la tarde... No he olvidado al viejecito, más rugoso que las labores trabajadas para la siembra por el arado y en diciembre cubiertas de hielo...

No, no he olvidado al viejecito moribundo; y ahora que torna a meterse en cama, ahora

que le ayudan a bien morir, ahora que puedo asistir a su último suspiro—¡porque ya no me acuestan temprano!—le pregunto con triste sonrisa: «Dime, viejecito: ¿qué me traerá tu hijo, el bebé rollizo que va a nacer?» Y el viejecito me responde: «¡Esperanzas!»

—«¿Y qué me dejará cuando agonice como tú, buen viejecito de los ojos azules?»

Y el viejecito me responde dulcemente:

«Esperanzas... también esperanzas...»

LAS CASAS








I

La respetable Academia de la Historia, a la cual debemos tantas nobles celebraciones, había decidido conmemorar el cuarto centenario de la llegada a América del Padre Las Casas, Apóstol de las Indias; y el Estado, queriendo pagar una deuda de gratitud al amoroso y humilde salvador de la raza vencida, resolvió asociarse a aquella manifestación, primera en su género y digna de la más grande solemnidad. Figuraba en parte muy visible del programa una pieza oratoria del célebre tribuno Solís, gloria por entonces del buen hablar patrio, y se deseaba ardiente-

mente oirlo, porque unía a una facilidad sorprendente y pomposa de palabra una instrucción vastísima, especialmente en Historia, materia de la que era profesor en la Universidad. Solís aceptó la comisión que se le confiaba, con particular complacencia: «Siempre he amado a Las Casas y le he admirado siempre—dijo—; para mí es más santo que muchos que andan por ahí en el calendario, y hago por completo mías aquellas palabras de Justo Sierra: «¿Por qué este cristiano sin »mancha no tiene altares en las iglesias de »América? No importa: tiene un altar en el »corazón de cada mexicano.» «Escribiré con amor—añadió—su panegírico.» Y, en efecto con amor empezó a escribirlo, un amor que le hacía fácil y amable la tarea, prendiéndole flores en el aspereza del erudito investigar y de la tediosa consulta de los libros todos de nuestra historia.

Hasta se excedió quizás una miaja en las dimensiones de la pieza oratoria; pero se consoló de ello pensando: «¡Bah, mis nume-

rosos oyentes no se fastidiarán; el asunto es tan bello! Y, dicho sea sin vanidad, lo he tratado con acierto y aun afirmaría que con mucha más elocuencia que de ordinario. ¿Por qué? No sabría explicarlo; además del entusiasmo que me ha inspirado siempre el Apóstol de las Indias, paréceme como que ahora adivino muchas cosas de su vida que no refieren las historias. Me siento como sugerido, con una lucidez nada común...»

II

El Palacio de Minas fué el elegido para la velada, y la noche en que ésta debía efectuarse el aspecto del secular y nobilísimo edificio era indescriptible. El patio, maravilla de majestad; las escaleras, dignas de un emperador, estaban realzados aún por un adorno que, *rara avis*, era del mejor gusto. El Presidente de la República asistía, acompañado de sus ministros, y, naturalmente, cuanto en México priva le había seguido, y la concurrencia era de lo más granado que verse pueda. El pensamiento del país en todas sus manifestaciones y actividades estaba representado allí.

Si hemos de decir verdad, y aunque todos los números del programa, escogidos con acierto y después de maduro reflexionar, eran bellos, la expectativa y la curiosidad del público estaban especialísimamente concentradas en aquellas breves líneas que decían: «El eminente orador Crisóstomo Solís hará el panegírico del Padre Las Casas.» Y cuando, llegado el solemne momento, Solís, con la actitud serena que le era peculiar, se adelantó lentamente hacia la tribuna, el entusiasmo unánime estalló en un largo y ruidoso aplauso previo, pequeño abono a cuenta de las muchas ovaciones que se le prevenían. Aquel aplauso decía a las claras: «Te saludamos, conciudadano, y te felicitamos, desde luego, porque estamos seguros de que hablarás bellamente. Te conocemos ya, sabemos quién eres y hasta dónde llegas, y no tememos una decepción. Antes bien, aguardamos indecibles sorpresas.»

Solís respondió con una inclinación de cabeza y una sonrisa, llenas ambas de dignidad

y de gracia austera, a aquella galantería del público, y, apoyando las manos en el borde de la tribuna, con voz suave aún y casi familiar, dijo el reglamentario «Señor Presidente, señoras, señores...»

Fué en seguida su voz ascendiendo en un crescendo suave y melodioso, hasta llegar al tono medio, rica como nunca de inflexiones y de matices, opulenta de tonos, de esos tonos, de esas inflexiones, de esos matices que solían levantar al público en masa; que eran, si puede decirse, notas fisiológicas de un poder incontrarrestable.

III

Empezó por describir el mundo de entonces, esperezándose aún del largo sueño de la Edad Media; los albores vivaces y alegres del Renacimiento, el impulso colectivo de los pueblos hacia la acción, su ansia de desentrañar lo desconocido y la impaciencia de los navegantes por arar todas las reconditeces del Océano con las frágiles quillas de sus naves. Ponderó la vitalidad, el poder y la fe de los españoles de acero que nos conquistaron, hechos de la misma substancia que los Ayax, los Héctor, los Agamenón y los Aquiles. Subyugó al auditorio hablándole de las empresas de estos hombres, empresas increíbles a no

estar escritas todavía en las frentes mismas, —abatidas ¡ay! como un doliente bronce— de la raza indígena, y en la estela vigorosa del idioma, de las costumbres y de la vida toda nuestra.

Luego pintó la existencia del azteca libre, inclinado ante sus misteriosos monolitos de tezontle, y llevando oculto en su mirada de obsidiana el enigma de su origen.

Pero su elocuencia y su entusiasmo llegaron a inusitadas alturas al hablar de la casta, ya irredenta, destrozada, exhausta, y de la piedad de aquel fraile sevillano que midió con su báculo todas las zonas y extendió su misericordia sobre todos los indios. Habló del valor de este humilde dominico, que se encaraba con los Reyes y con los Grandes para decirles que la conquista era un atentado, y que el solo derecho de los españoles había sido convertir a los naturales. Habló del inmenso amor de Las Casas a sus protegidos, amor que le volvía suaves todos los trabajos y dulces todos los sacrificios; del abandono

conmovedor con que los indios iban hacia él y se acogían al amparo de su sayal de jerga.

Y, súbitamente, presa de una alucinación inexplicable, el orador empezó a «ver» lo que describía, con una precisión tal cual si lo recordase: vió las opulentas selvas vírgenes, los malezales y los montes, los valles y las ciénagas de Chiapas, de las Antillas y de México, por donde el misionero había pasado; sintió el calor de los soles inclementes; oyó los clamores de los indios, que buscaban en él refugio y que en su dulce idioma de *shes*, de *tes* y de *eles*, dábanle nombres de divinidad. Vió al encomendero brutal haciendo silbar el castellano en sus injurias y el aire en su látigo de nervio de toro; sintió la ira santa en que debió arder el clarísimo varón ante las injusticias de los conquistadores para con los esclavos, y su voz tronó con apóstrofes vigorosos. Se había apartado por completo del hilo de su peroración, había olvidado por completo su panegírico. Lo que decía no lo había escrito él, Solís: era de *otro*. No era ya

Solís quien hablaba de Las Casas: era Las Casas el que hablaba de su propia vida de apóstol. Hasta su voz se modificaba, adquiriendo inflexiones que él jamás «se había oído»; inflexiones misteriosas, sacerdotales, llenas de unción, tiernas y lejanas, muy lejanas, como si vinieran de las riberas de cuatro siglos... desde los limbos de la eternidad.

El auditorio, conmovido hasta el llanto, arrobado hasta el éxtasis, seguía con la imaginación, con el corazón, con el alma toda, a través de su evocación portentosa, a aquel hombre transfigurado; y, en cuanto a él, se hubiera dicho que una parte de su persona se asombraba de la videncia de la otra, de lo que la otra, la que hablaba en aquel momento, sentía, veía y pensaba, experimentando no sé qué raro malestar ante el ser intruso que parecía venir del pasado a narrar su existencia a los humanos.

IV

Al descender Solís de la tribuna, entre las enloquecedoras aclamaciones de sus oyentes, el primer Magistrado de la Nación, con las lágrimas en los ojos, tendióle los brazos, olvidando todo protocolo y toda ceremonia, y las damas, con movimiento irresistible, enviáronle besos a dos manos, sin reflexión y sin sonrojo.

Solís se retiró a su casa, seguido de admiradores innumerables, y cuando, al cabo de algún tiempo, ya solo en su estudio, se reposaba pensativo, los codos sobre su mesa de trabajo y la cabeza entre las manos, una voz,

quizá más bien una sensación vigorosa, algo íntimo, claro, insinuante, invencible, le dijo:

—¡Tú fuiste el Padre Las Casas!

Y al imponerse a su cerebro tal convicción de un modo más definido, más perfecto y diáfano aún que en la tribuna, se desarrolló súbitamente en su memoria, como una escena luminosa tras un telón que se descorre, como un relámpago que todo lo alumbra, el panorama de aquella su existencia anterior.

UNA HUMILLACIÓN







I

La señora que nos obsequió con el gatito, nos hizo de él, antes de entregárnoslo, un elocuentísimo panegírico.

—¿Lo ven ustedes tan chiquito y tan mono? pues es azote de los ratones. ¡Y de una precocidad! ¡qué precocidad, Dios mío! Al mes de nacido cogió el primer ratón: un ratón enorme, casi tan grande como él. ¡Si ustedes lo hubieran visto! ¡Daban ganas de besar a un gatito tan valiente! Por supuesto que es incapaz de devorar un bicho de esos. ¡Uf, qué asco! Juega con ellos nada más, se divierte un buen rato y los deja. Eso sí, en tratándose

de otras comidas, es muy goloso, ¿por qué no he de decirlo? Todos tenemos nuestros defectos, ¿verdad? Y a un primor de gatito como éste bien puede perdonársele un pecadillo venial. No dejen ustedes, donde él pueda verlos, ni leche, ni queso, ni fiambres, porque probará de todo. ¡Ah! un bocadito no más, no se alarmen ustedes; pero probará, eso sí; vale más que yo se «los» advierta.

—No importa—dijo Clara—; con tal que coja ratones... Porque, oiga usted, está la casa infestada de ratones. No nos dejan dormir, y una noche de estas se atreven con nosotros. Se han vuelto más audaces...

II

Clara no exageraba. A pesar de dos o tres ratoneras distribuídas en varios rincones, y una de las cuales era el alevoso y nunca bien ponderado «Capito», nutridas legiones de roedores habían invadido la casa. Se hubiera dicho, en las noches, que «espantaban,» a causa de la multiplicidad de ruidos misteriosos que se oían por todas partes. A veces se percibía, por espacio de muchos minutos, un tic-tac semejante al del telégrafo, como si el alma en pena de un telegrafista quisiera comunicarse con nosotros. Otras, un ligero y persistente ruido de sierra acababa por enloquecernos

con su tenacidad y monotonía. En ocasiones surgía de tal o cual escondite una especie de suspiro sofocado, alternando con él chillidos rabiosos. La noche se poblaba frecuentemente de pasos furtivos, de rumores enigmáticos. Los libros y los bibelots caían con estruendo, la loza se estrellaba contra el suelo... y bastaba volver los ojos a cualquier parte para ver desvanecerse un misterioso bulto gris que corría con tal rapidez y con tal traza, que se hubiera dicho que rodaba. No era raro despertarse con sobresalto al sentir en el lecho el contacto rápido y fugitivo de una piel sedosa o de un apéndice áspero y helado... Era una hermosa rata que campaba por sus respetos entre las sábanas.

—¡Por fin esto va a acabar!—exclamó Clara con un suspiro de alivio—. Sin duda que los primeros días, y por más que diga la señora, el gato no hará gran cosa; pero así que crezca un poquillo, cuando menos con su presencia espantará a los ratones. En cuanto ellos huelan que hay un gato...

El bichito, en tanto, se lamía en un ángulo de la pieza las manos, que la cocinera había untado de mantequilla, «para que se engriera en la casa».

Era, sin duda, un primor de bichito: cruzado de Angora, con una gran cola esponjada y unos ojos de topacio estriados de plata. Parecía un ovillo de seda floja. Toda la piel estaba rayada de flavo, y las garras casi no se le veían por el fleco finísimo que las cubría. Y una arrogancia en la actitud, en los movimientos... pero ¡qué arrogancia!

La señora dijo que se llamaba «Fierabrás»; nombre que había merecido por sus hazañas con los ratones. Y, en efecto, entendía cuando se le daba este nombre.

—¡Fierabrás! ¡Fierabrás!—le decía Clara, castañeteándole los dedos.

Y el gatito enarcaba el lomo, hacía cola de pararrayo y se repegaba a las faldas de Clara, lanzando un maullido gutural.

—Rrrr...

—¡Pero has visto qué mansito!—exclamaba

Clara—; nadie lo diría al verlo tan activo y tan jactancioso. Ven acá, primor; déjame que te bese.

—Rrrr...—respondía el «primor» con tanta gracia, que Clara, loca de entusiasmo, acabó por perfumarlo con su mejor perfume japonés. En seguida buscó un «listón» azul y lo ató al cuello del bichito, suspendiendo del «listón» una chuchería de plata dorada.

III

Por la noche, la «recamarera» consultó si debía poner las ratoneras.

—¡Para qué!—exclamó Clara, casi enojada—¿no ves que ya tenemos a Fierabrás?

Y Fierabrás, que parecía haber oído esto, se paseaba con cierta actitud suficientista, con cierto augusto continente de un supergato que ha leído a Nietzsche, por las piezas, mirando de soslayo los rincones.

—Yo creo que no sería malo ponerlas—insinué interviniendo—; el gato es aún pequeño, y, además, hay tal cantidad de sabandijas que no se daría abasto. Le ayudaremos con las

ratoneras dos o tres días, mientras él se ingenia para desterrar solo todos los ratones.

Clara no quería convenir en ello, malhumorada ya porque yo humillaba en su concepto a Fierabrás; hasta que, por contentarla, añadí:

—Por lo demás, creo que basta con una ratonera por ahora, simplemente para no dejar a Fierabrás toda la tarea. Después ni ésa será necesaria.

Y la criada puso una sola ratonera, la más grande, en la pieza contigua a nuestra recámara.

Clara cenó nerviosamente, de prisa; deseaba que nos recogiésemos cuanto antes; que cuanto antes llegase la hora de las justicias, en que Fierabrás empezaría a dar fin con la casta ratonil.

A cada instante se levantaba de la mesa, e iba en busca del gato para ver en qué se entretenía éste.

—¿Qué estás haciendo, minino?—preguntaba con voz insinuante.

Minino se había acurrucado por lo pronto

cerca de una hornilla en la cocina, y ronroneaba dulcemente.

—Eso no está bien, minino; pues ¿y los ratones?

Minino alzaba la cabeza, ponía en su interlocutora la clara mirada de sus ojos de topacio, llena de vaguedad y de ensueño, y seguía ronroneando como si tal cosa.

—Ha de estar cansado—dijo la cocinera—. Sabe Dios cómo lo habrán traído por esas calles. Pero ya verá usted, niña, en cuanto repose un poco...

Sonaron las diez y nos recogimos, teniendo cuidado de dejar todas las puertas de comunicación entreabiertas, a fin de que Fierabrás pudiera discurrir por las habitaciones a su sabor y entregarse tranquilamente a su cacería.

Excusado es decir que Clara en mucho tiempo no cerró los ojos.

La oía yo removerse constantemente en su lecho, y al menor rumor, se incorporaba y preguntaba:

—¿Has oído?

—Duérmete, mujer—decíale yo—; ya mañana veremos qué ha hecho el gato. Déjalo en paz.

La primera parte de la noche transcurrió sin novedad. Clara acabó por dormirse después de haber murmurado con un esceptismo que, aunque mitigado, mostraba lo que la decepción empezaba a obrar en su espíritu:

—Creo que hiciste bien en dejar la ratonera...

Pero a eso de la una, empezó a oirse una serie de rumores: el gato maullaba furioso y parecía arrastrar con estruendo por la pieza inmediata una cosa pesada. Esto, unido a las carreras furtivas de siempre y a los chillidos de los ratones.

Clara se sentó en el lecho, lanzando un ¡ah! mezcla de sorpresa y satisfacción.

—¡Por fin!—añadió, disponiéndose a levantarse.

—¿Qué vas a hacer?—le dije—. ¿Quieres coger un resfriado inútilmente? Deja a Fierabrás tranquilo en su tarea.

—Tengo miedo de que los ratones y las ratas le hagan mal; es tan chiquito y ellos tan audaces...

—No te creas, no le pasará nada; no es tan tonto para dejarse comer, y además puede huir. Todas las puertas están entreabiertas.

La verdad es que yo tampoco las tenía todas conmigo respecto de la suerte de Fierabrás; pero dominé mis inquietudes y procuré dormirme, pensando en que aquel Napoleón de los gatos no podía correr riesgo alguno.

El estruendo siguió por mucho tiempo, y por fin la cosa que se arrastraba por la pieza pareció quedar inmóvil, y no volvió a oirse más que uno que otro chillido de ratón.

Clara se durmió de nuevo, más tranquila, murmurando:

—Sin duda que ya lleva media docena.

IV

Al día siguiente, muy de mañana, devorada por la impaciencia, Clara se levantó, y sin darse tiempo más que para echarse sobre el cuerpo una matinée que estaba a la mano, salió a la pieza inmediata. Yo me quedé despierto y esperando con impaciencia el resultado de sus pesquisas... De pronto oí un grito de desconsuelo, seguido de las palabras «¡Imbécil, imbécil!»

No pude contenerme y salté de la cama en ropas menores, exclamando:

—¿Qué sucede?

¿Qué había de suceder? Que el arrogante,

el suficientista, el jactancioso Fierabrás había caído en la ratonera...

Allí en un rincón, en la actitud más desgarbada y ridícula del mundo, como si comprendiera su humillación, conservando aún entre los bigotes de plata briznas del queso que servía de cebo—y que se había comido—Fierabrás, «el terror de las sabandijas», se hallaba acurrucado, y en rededor de la ratonera había huellas inequívocas de la estancia de una legión de ratones, que sin duda estuvieron toda la noche contemplando su vergüenza, riéndose de él, vilipendiándolo, escarneciéndolo.

Instintivamente le busqué en la cola un cascabel... ¿No le habrían puesto los ratones un cascabel? Mientras Clara, desilusionada hasta la muerte, exclamaba:

—¡Ridículo, ridículo!



«EL DOMINIO DEL CANADÁ»



I

Mi hermana Gabriela—nos dijo Luis—era lo que se llama una alhaja, y de lo más fino. Alborotadora, traviesa con inventiva, pizpireta y audaz, tenía eternamente con un Jesús en la boca a todos los de la casa. Mis hermanos y yo la adorábamos por su carácter alegre, por su desplante, por la inagotable verba con que nos entretenía, por la cantidad de historias absurdas que se sabía de memoria. Nos sugería continuamente lo que deseaba, y éramos todos sus cómplices en cuanta diablura de chiquilla le venía a las mientes. En aquel entonces tenía mi hermana (que era la mayor

de la familia) diez años y una imaginación tan despierta como de veinte. Empezaba a aprender, con éxito muy mediano, la Geografía, y se sabía de memoria los nombres de todas las naciones de América, sin darse cuenta muy exacta de lo que significaban ni de lo que designaban. En aquellos tiempos se lo aprendía uno todo de corrido, y llegaba al último año de escuela habiendo hecho prodigios de memoria y sin un solo conocimiento serio.

Un día mi hermana encontró en su lección de Geografía esta denominación: «El Dominio del Canadá.» No entendió, naturalmente, lo que significaba *dominio;* lo de *Canadá* la dejó un poquillo pensativa; la designación completa, *Dominio del Canadá,* le sonó de una manera peregrina en el oído, y llevada por la más divertida asociación de ideas (lógica quizá dentro de esos vericuetos misteriosos de la memoria, de lo *subconsciente* o *subliminal,* como se estila decir ahora, o quizás atrabiliaria del todo, pero, de una o de

otra suerte, asaz curiosa), dió en que el «Dominio del Canadá» debía de ser un personaje terrible, un viejo monstruoso, especie de ogro famélico que se comía a los niños. Y como su natural regocijado la llevaba sin cesar a la broma, en cuanto hubo imaginado esta atrocidad, nos reunió en concilio a sus cinco hermanos y a todos los chiquillos del barrio que frecuentaban nuestra casa, y con una solemnidad cómico-seria, y en un lenguaje de lo más hiperbólico que ustedes quieran oir, nos dijo que el *Dominio del Canadá*, un viejo espantoso, acababa de llegar al pueblo y aquella noche mismísima iría a nuestra casa a hacernos una visita. Todo el cotarro de mocosos nos echamos a temblar y, llenos de curiosidad, abrumamos de preguntas a la farsante Gabriela.

—¿Cómo es el Dominio?

—¿Nos comerá crudos?

—¿Viene solo o acompañado?

Gabriela respondía a cuantas preguntas le hacíamos, con una fertilidad de palabra y de

imaginación dignas de mejor suerte: el Dominio era un hombre gigantesco, vestido de negro, muy moreno, con una barba alborotada que le llegaba al pecho. Era tan horrible, que al verlo los niños caían muertos de alferecía. Cuando llegara, deberíamos saludarle diciéndole: «¡Buenas noches, señor don Dominio!» Esto sin alzar los ojos y en seguida, a callar y a dejar que él hablara e hiciera lo que quisiera, inclusive apoderarse de alguno de nosotros para su cena de aquella noche. Se alojaría el Dominio en un cuarto obscuro donde se guardaban los trebejos de la casa, y nosotros esperaríamos su visita en el corredor inmediato, al cual daba una de las puertas de ese cuarto.

Si he de decir verdad, nuestro natural temor iba mezclado con una buena dosis de curiosidad: pues qué, ¿era moco de pavo eso de tener la oportunidad de ver a *don Dominio del Canadá*, caballero tan principal sin duda? Y luego, que pudiera ser que al fin y al cabo no nos comiese a ninguno de nosotros, y has-

ta acontecer que, en realidad, el tal don Dominio fuese la propia Gabriela en persona.

A pesar de estas dudas y de estos precoces escepticismos, sea dicho con franqueza, las emociones que al caer la tarde nos embargaban no eran para contadas.

A eso de las seis y media, una docena de muchachos, cuando menos, instalados frente a la puerta del cuarto obscuro por donde debía salir el Dominio del Canadá, esperábamos la visita, sentados en un gran canapé de madera pintado de verde, hablando en voz muy baja, entrecortada por tal o cual nerviosa risita a la sordina, semiburlesca, semirrecelosa. De cuando en cuando, Gabriela, que mantenía cerrada la puerta de la pieza en que se había confinado con una criada, única confidente de sus manejos, nos gritaba entreabriendo apenas las maderas: «¡Ya va a llegar el Dominio!» Y nosotros, con un estremecimiento de curiosidad, nos apretábamos unos contra otros y esperábamos...

Como a las siete de la tarde, y cuando ya nuestra paciencia empezaba a agotarse y la tensión nerviosa era insoportable, la puerta se abrió y apareció en el umbral un figurón entrapajado, cubierta la cara con una máscara de barro, de lo más gesticulante y horroroso que verse pueda, y lanzando un aullido, al cual respondimos todos con un ¡ah!, mezcla de espanto y de desahogo, púsose a recorrer con pasos solemnes el espacio libre que nos separaba de la puerta...

Después de algunos minutos de zozobra, durante los cuales el increíble personaje no había devorado a nadie, limitándose a pasear rugiendo de un modo espantoso frente al público infantil, mi hermano Daniel —¡alma heroica!— se atrevió a preguntar, eso sí, con voz débil y medrosilla:

—¿Es usted don Dominio?

—¡No! —gritó la aparición, que dió un paso hacia él—; yo soy apenas el último de sus criados... —y desapareció por el negro hueco de la puerta, que se cerró tras ella.

—¡El último de los criados del Dominio —exclamó Daniel—, y ya ven ustedes qué horrible es!

—¿Pues cómo será el Dominio! —sugirió Lola, una chiquilla de la vecindad, que daba diente con diente.

—¡Cómo será el Dominio? —repetimos todos, agitándonos en el canapé.

Tras otro cuarto de hora de espera, la puerta se abrió de nuevo y el personaje de marras, vestido aún más estrafalariamente, y medio envuelto en un cobertor rojo, al cual, ligándolo con unos bramantes, había arreglado unos cuernos, salió aullando más desaforadamente que la primera vez.

Pasados los primeros momentos de estupor, Daniel volvió a interrogarlo:

—¿Es usted el señor don Dominio?

—¡Noooooool —bramó el fantasma—; soy apenas el segundo de sus criados.

Dicho lo cual, desapareció y *quedó apestando a azufre.*

—¡El segundo de los criados del Dominio!!!

—tornó a exclamar Lolita—. Pues ¿cómo será el Dominio en persona!!!!...

—¿Cómo será el Dominio en persona! —íbamos repitiendo todos.

Algunos minutos después, la puerta volvió a abrirse, y el fantasmón, provisto de una larga cola, de un bonete de papel puntiagudo, y llevando sobre el pecho una zalea crespa y obscura, surgió de nuevo de la sombra, berreando hasta desgañitarse.

—¿Es usted el Dominio? — preguntó una vez más Daniel, apeando al personaje el tratamiento de Don (lo cual prueba que con todo se familiariza uno, hasta con el Dominio del Canadá), y éste respondió:

—¡Nooooooooooooo! Soy apenas el primero de sus criados.

Apareció aún, todavía más terrible, el primo del monstruo, luego el tío, luego el hermano, luego el padre... El Dominio no llegó a aparecer. Debía de ser tan tremendo, que ningún disfraz satisfizo probablemente a Gabriela, la cual, artista inconsciente, tuvo miedo de

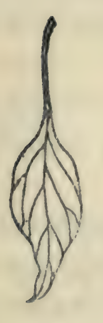
desilusionarnos si encontrábamos al Dominio inferior a nuestro espanto, y acertó con sus gradaciones ingeniosas a dejarnos suspenso el animo, llenos aún de la ansiedad de lo inesperado, con un mundo de conjeturas en la cabeza, conservando al personaje todo el enigmático prestigio que ella había sabido darle, y preguntándonos todavía una semana después, durante la cual en vano pedimos a la muchacha la repetición de la visita:

—Si así eran sus criados y parientes, ¿cómo sería el Dominio del Canadá?

II

—¡Ah! mucho ha llovido y granizado desde entonces—añadió Luis—. Mi hermanita Gabriela murió poco después, de una fiebre infecciosa, y ¿qué quieren ustedes? el torbellino de mi vida me ha hecho olvidarla. Sin embargo, basta que oiga o lea en cualquier parte esta designación geográfica: «El Dominio del Canadá», para que mi vieja memoria me muestre con claridad deslumbradora la puerta misteriosa, el personaje terrible, el canapé verde en que doce criaturas se agrupaban asustadas, y la voz medrosa de Lolita, exclamando: —Si así son sus criados ¿cómo será el Dominio del Canadá?

EL FINAL DE UN IDILIO







I

AQUELLA mañana, a la hora del recreo, el *Prefecto de los chicos* se acercó a mí y me dijo con voz seca, en la cual presentí no sé qué catástrofes pavorosas:

—Suárez: el Padre Superior le llama a usted del *otro colegio.* Póngase su cachucha, y vamos.

Mientras buscaba la consabida prenda, hacía, con temor de adivinar la verdad, mi examen de conciencia: cuando el Padre Superior me llamaba no era, sin duda, para hacerme alguna caricia; eso me lo tenía bien sabido. Se trataba de una reprimenda y de un castigo;

pero ¿por qué? Aún me faltaban cinco días sin dulce para cumplir mi condena de quince, que me fué aplicada gracias a aquella suela de zapato viejo que encontré en el campo y que, hecha fragmentos, distribuí concienzudamente en todos los platos de carne que, a la hora del refectorio, pasaron de mis manos a las de mis compañeros; no concluía aún tres de los diez dictados que me fueron impuestos por haber picado con el índice uno de los carrillos de Iyarzábal, en el momento crítico en que éste hacía un buche de agua, obligándole a arrojar, en no cristalino chorro horizontal, todo el líquido sobre la sotana del Prefecto. ¿Qué nuevo delito podía haberme atraído las iras del Padre Superior? De pronto en mis cavilaciones se hizo la luz: ¡Concha! ¡Se trataba de Concha! Y me puse lívido.

Han de saber ustedes que el *otro Colegio*, designado así por todos nosotros, era un internado de niñas, frontero a nuestro plantel, fundado por el propio fundador de éste, y al

cual íbamos frecuentemente los muchachos, ya en demanda de los auxilios de Sor Pascuala, enfermera habilísima, cuando estábamos ligeramente enfermos; ya invitados para asistir a alguna representación teatral, organizada para festejar a las superioras; ya a fin de presenciar los exámenes y la distribución de premios.

La frecuencia con que unos y otras nos veíamos había enredado tales y cuales idilios fugitivos e ingenuos, alimentados por carticas pésimamente ortografiadas, que se cambiaban con zozobras indecibles en la primera oportunidad, y cuyo inocente poema de anhelos en flor, indefinidos e imprecisos, era para muchos el solaz de lentas horas de tedio, distribuídas entre el aula, el recreo y las prácticas religiosas, en aquellos dos colegios, plantados como dos enormes colmenares en medio de una quieta y florida aldea de la provincia mexicana.

Yo no había querido ser menos que los demás. Pues que ellos tenían novia y con ella se

carteaban a maravilla, ¿por qué había de resignarme a seguir poniendo pedacitos de suela vieja en los platos de mis compañeros y a picarles los carrillos cuando hacían buches de agua, condenándome así a no probar más el dulce en toda la vida y a escribir dictados durante toda la eternidad? Y resuelto a variar el curso de mi existencia, garrapateé una carta para Concha, una colegiala más rubia que las mañanitas de Mayo, y en cuyos ojos verdes había ya todo lo insondable del mar. ¿Qué le dije? No lo recuerdo, algo como un gorjeo de pajarillo travieso que empieza a tender el ala al sol, traducido con la peor letra del mundo en la hoja no muy pulcra de un cuaderno de escritura, hecha luego veinte mil dobleces. Aproveché la primer coyuntura para hacer llegar a sus manos la misiva, y la muchacha me premió a poco, en la capilla del pueblo, donde oíamos internos e internas la misa de precepto, con una mirada entre medrosa y sonriente, la mirada de una rapaza de diez años que interroga a un hombrecillo de doce

acerca de todo lo que hay de lejano, inmenso y vago en la atracción de los sexos...

Satisfecho de mi hazaña, aguardé la respuesta y, a decir verdad, pocos días bastaron para amortiguar mis impresiones. En aquel tiempo me interesaba más un nido de calandria que el nido de una boca en flor, y la única manzana prohibida que me seducía era la jugosa y enorme que rojeaba en la huerta, fuera del alcance de mis manos. Faltaban algunos años para que la elegida de un momento y yo nos buscásemos en los ojos la quimera, y muchos éxtasis para componer los primeros versos de amor.

II

A la zaga del Prefecto, cabizbajo y tímido, atravesé la herbosa plazuela que separaba del nuestro el otro Colegio, en la cual, al buen sol de la mañana, relampagueaban vidrios rotos y chinitas blancas entre los céspedes lacios; y momentos después, con la cachucha entre las manos, entraba al locutorio, donde el Padre Superior leía a través de sus gruesos quevedos, cabalgantes sobre su enorme nariz aguileña, no sé qué viejo infolio amarillento.

A una señal, el Prefecto nos dejó solos, y volvió a pocos instantes trayendo de la mano a mi novia, para salir en seguida de la pieza,

como obedeciendo en todo a una previa y tremenda consigna.

«Alea jacta est!» hubiera yo dicho para mi coleto, si mi exiguo latín de entonces me lo hubiese permitido. Y mis ojos desolados se encontraron con los cristalinos de la muchacha, próximos a licuarse en llanto, y en ellos leyeron algo irreparable, algo peor mil y mil veces que todos los ayunos de dulce y los dictados todos de los dómines de la tierra. Estábamos perdidos, irremisiblemente perdidos.

Y en esto el verdugo no se había dignado mirarme; continuaba, en medio de un silencio de muerte escarbando, con sus ojos de miope y su nariz apericada, en las páginas del libro.

Al fin levantó la cabeza, y nosotros la inclinamos apercibidos a la detonación...

—Conque usted, señor Suárez, y usted, señora Iriarte, son novios.

Silencio mortal.

—¡Conque usted, señor Suárez, se permite dirigir a la señora cartas de amor!

Nuevo silencio.

—Debo advertirle, en primer lugar, que querer se escribe con *qu* y no *cerer* como usted ha puesto, y que no se anhela con *hache* antes de la *a* sino después de la *ene*; y, en segundo lugar, que, puesto que ustedes se quieren (con *ce*), he resuelto casarlos (con *ce* también), ¿estamos? y que los casaré hoy mismo.

¡Así, pues, la catástrofe era más espantosa aún de lo que yo me la había imaginado! Concha, que desde las primeras palabras del Superior hacía pucheros y ajaba nerviosamente el delantal, se echó a llorar a toda orquesta, y yo no tardé en imitarla.

¡Casarme! ¡Casarnos! ¿Y qué iba a decir mi madre cuando lo supiera? ¡Casarme! Toda la lógica elemental de mi vida se me venía abajo, y a la apurada muchacha debía de pasarle otro tanto, porque entre hipo e hipo y lágrima y lágrima, se atrevió por fin a exclamar:

—¡No, Padre; no, Padre; ya no lo vuelvo a hacer!

Y yo a coro:

—¡Ya no lo vuelvo a hacer!

Empero la cara enjuta del tenebroso justiciero no se conmovía; sus ojos, a través de sus lentes, iban de una a la otra víctima, estoqueándonos sin piedad, y su voz avinagrada y sin inflexiones repetía:

—No tiene remedio: esto no puede arreglarse de otra manera: los caso ahora mismo.

—Padre—supliqué yo en el colmo de la angustia—: le aseguro que ya no lo vuelvo a hacer. ¿Qué va a decir mi mamá? ¿Qué van a pensar en mi casa?

Y la muchacha, a grito herido:

—¡Yo no quiero casarme; yo no quiero casarme!

Por fin el Superior pareció ablandarse.

—Está bien—dijo—: no los casaré; pero con una condición...

Ambos reos callamos, con el alma en un hilo.

—Que recibirá cada uno de ustedes seis palmetazos. ¿Están ustedes conformes?

No, no estábamos conformes; pero la perspectiva del matrimonio era tan aterradora, que los dos asentimos con un movimiento de cabeza.

El Padre tocó una campanilla de plata que estaba sobre la mesa...

—A ver, Sor Inés: la palmeta.

Sor Inés volvió a poco trayendo el terrible instrumento de expiación: una enorme palmeta taladrada por cien pequeños agujeros, que eran como otras tantas ventosas supliciatorias.

Luego, dirigiéndose imperativamente a «mi novia», que seguía llorando en silencio:

—Extienda usted la mano; a usted primero.

La niña iba a hacer lo que se le ordenaba; pero yo me adelanté: el Quijote que dormitaba en mi sangre, el viejo y resplandeciente Quijote de la raza, habíase alzado, poderoso, en su Rocinante blanco, con su pica desfacedora de entuertos y su santo grito de galantería en los labios.

—Padre — dije con voz suplicante, pero firme—: ¡deme usted a mí los doce!

El Superior me miró algunos segundos, y yo, desafiando bravamente su mirada, repetí:

—Deme usted a mí los doce.

—No me opongo — replicó con voz glacial—; extienda la mano...

. . . .

En el silencio de la pieza resonaban secamente los palmetazos; la niña no lloraba ya: me miraba, me miraba con sus inmensos ojos verdes, en que había todo lo insondable del Océano, y su mirada era un premio superior a mi castigo.

... Cuando salí a la plazuela, seguido del Prefecto, en la rama ondulante de un arbolillo dos pájaros se besaban ante la dulce alegría de la mañana, y yo, indicándoselos a mi acompañante con mi diestra atormentada, murmuré con despecho:

—¡Cómo a ésos no les pegan!

UN CUENTO







I

CUANDO comprendí que era indispensable escribir un cuento, que me había comprometido solemnemente con el editor, al cual debía muchos favores, y que de fijo no me perdonaría ni en esta vida ni en la otra mi falta de formalidad, púseme angustiadísimo. Yo soy el hombre de menos imaginación que hay en el mundo, y, naturalmente, la simple aprunsión de estar obligado a escribir algo, por en fenómeno nervioso muy común, había acabado con todas mis ideas, como si se las hubiese tragado la tierra.

—¿En dónde están mis ideas?—me pre-

guntaba yo como el infortunado y gran Maupassant,—y mis ideas no aparecían por parte alguna.

Es cierto que para escribir un cuento suele no necesitarse de la imaginación: se ve correr la vida, se sorprende una escena, un rasgo; se toman de aquí y de ahí los elementos reales y palpitantes que ofrecen los seres y las cosas que pasan, y ya se tiene lo esencial. Lo demás es cosa de poquísimo asunto: coordinar aquellos datos y ensamblar con ellos una historia; algo que acaso no es cierto actualmente, pero que lo ha sido; algo que tal vez en aquel instante no existe, pero que es posible y ha existido sin duda. Hacer que cada uno de los personajes viva, respire, ande, que la sangre corra por sus venas, que, por último, haga exclamar a todos los que lo vean en las páginas del libro: «¡Pero si yo conozco a esta gente!»

II

¡Muy bien! Por receta no quedaba... Pero es el caso que esas escenas, esos rasgos, esa vida que pasa, entonces no me decían nada. Todo lo exterior parecíame inexpresivo, inadecuado, sin brillo. Y además, yo no tenía en mí mismo el poder de asirlo, de comprenderlo. Pasaban ante mí todas las escenas del mundo externo como si yo fuera un espejo, un espejo con vislumbres de crítica, pero sin la menor aptitud para retener aquello.

Tan dolorosa condición amenazaba prolongarse indefinidamente, y, convencido al fin de que todos mis esfuerzos eran vanos, resolví recurrir a Ovidio Valenzuela en demanda de un argumento.

III

Ovidio Valenzuela, mi compañero de colegio, se distinguía especialmente por una imaginación fertilísima en inventiva.

Naturalmente, esta cualidad habíalo hecho mentiroso, y mentía más que el protagonista de *La verdad sospechosa*, de nuestro Alarcón; pero mentía con buena memoria, cualidad rara en el mentiroso, y era difícil, casi imposible, argüirlo de falsedad, hacerlo *quedar mal*.

En el colegio habíamosle bautizado con el alias de *la nodriza*, porque era el cuentista obligado de nuestras lentas noches de invierno. Terminada la comida, a las siete de la

noche, se nos dejaba en libertad hasta las nueve, aunque directamente vigilados por los prefectos. Algunos de los compañeros jugaban, otros dormitaban, éste o aquél leía. Los más nos reuníamos (y así aconteció por espacio de cerca de dos años) en rededor de Valenzuela; el cual, *sin repetirse* una sola vez, nos refería noche a noche uno o dos cuentos. Al principio, en nuestra ingenuidad, creímos lo que él nos decía con sonrisilla maliciosa:

«Tengo un libro que ni a Dios se lo enseño, en el que aprendo todas mis historias» (y nos describía sus maravillosas estampas iluminadas). Pero acabamos por convencernos de que el libro en cuestión era el de su fantasía de catorce años, por cuyas páginas innumerables, envueltos en una gloria de colores, pasaban emperadores y reyes, príncipes e infantes, ogros y gnomos, elefantes cargados de torres, galeras de plata tiradas por cisnes, unicornios con cuerno de oro, gitanos, juglares, perillanes, bandidos con chambergos ornados de plumas, brujas esqueletosas de

nariz enorme, sierpes, dragones, nahuales, mágicos prodigiosos, y muros almenados, y puentes levadizos, y atalayas, y barbacanas, y fosos, y bastiones, y varitas de virtud hechas de marfil, cristal y ébano, y ungüentos resucitamuertos, y polvos de la Madre Celestina... y...

Con la edad, la imaginación de Valenzuela había *cambiado de estilo*, si vale la frase; sus inventos eran de una extravagancia menos colorida, menos de relumbrón, pero no por eso menos dominadora y peregrina. Desentrañaba en sus asuntos problemillas psicológicos, y la originalidad era frecuente en ellos, si no constante, porque ¡ay! fuerza es repetir el clisé, *no hay nada nuevo bajo el sol...* Ovidio observaba, cuando llegué a su casa, en un microscopio, no sé qué microorganismo. He de advertir a ustedes que así como el estilo es el hombre, la pieza en que me recibía Valenzuela era la mejor caricatura de Valenzuela mismo.

Junto al barómetro aneroide, unas castañue-

las; al lado de un libro de versos, un sextante con los reflectores rotos; un teodolito codeándose con unos cuernos de ciervo; un telescopio asomando su ojo inmóvil entre unas draperías turcas de color desvaído, pegadas a las cuales con alfileres, gesticulaban tres o cuatro muñecas japonesas; un bibelot de marfil dentro de la campana de una máquina neumática; un estuche de pirograbar sobre el atril del piano, etc., etc.

—Mi querido Ovidio —le dije—: estoy en grave apuro —y le referí cuál era—; necesito que me des un bonito argumento para una historia.

—Nada más fácil — respondió Ovidio—, Siéntate; voy a preparar el café, y en seguida te referiré varios argumentos de diversos géneros: tú *escogerás*. ¿Sabes que estoy pensando en abrir un expendio de argumentos al por menor? Pondré un gran letrero que diga: «Argumentos para novelistas sin inventiva; asuntos para editorialistas sin imaginación...» ¿Qué opinas?

La cafetera estaba en un estante, entre una *Astronomía Popular,* de Flammarion, «coronada por la Academia Francesa», y un tratado de ajedrez de D. Andrés Clemente Vázquez. La tomó y fué a recoger la lámpara de alcohol que estaba sobre un devocionario viejo; el café en polvo, de una vitrina donde había un loro disecado. Preparó el café con toda parsimonia, me alargó una taza, encendió un cigarro, y acomodándose en una silla, en la postura más cómoda posible, empezó así:

—Voy a referirte una rgumento, desde luego del género romántico-cursilón; pero que no deja de tener su *veneno.*

Condensaré:

Una mujer, bella y joven aún, abandonada por su marido y con su hijita enferma y hambrienta, resuelve en último extremo pedir limosna; pero nadie le da. Desesperada, viendo que su hija agoniza sin una medicina, sin un alimento, recuerda que, a pesar de las fatigas y de las angustias, conserva aún vestigios de hermosura, tiene *de beaux restes,* co-

mo dicen los franceses; sale a la calle, resuelta (¡con qué terrible sacrificio!) a ofrecer al primero que pase su cuerpo por una moneda.

Acecha en una esquina. (Describir la noche, el barrio.) Pasa un trasnochador... pasan dos... El tercero acepta y la acompaña a un hotelillo de mala nota.

Cuando salen de allí, ella se aleja roja de vergüenza, pero radiante al propio tiempo: le han dado un peso, ¡un peso!: ya tiene pan y medicinas para su hija. Llega a la primera tienda abierta; pide algo; arroja el peso sobre el mostrador... El español lo recibe, lo observa, coge el hacha del azúcar y lo parte en dos. Era de plomo.

Valenzuela sirvió un poco de café, miróme de soslayo con una miradita ambigua, y continuó así:

—Ahí va el segundo; éste es de otro género: mucha psicología y poca acción.

Un poeta latinoamericano, después de lentas noches de esfuerzo, ha compuesto un poema: un bello, un nobilísimo poema, en el

cual ha vaciado todas sus celdillas, y cuya originalidad le parece incuestionable. Se llama *El poema del oro.* Canta en maravillosos alejandrinos al oro, rey del universo. Pero no al oro maléfico solamente, no dentro de la vieja concepción aquella de que el oro hace abdicar a todas las conciencias, abre todas las alcobas, arma de puñales todas las manos, vuelve al hijo contra el padre y al hermano contra el hermano, etc., sino al oro benéfico; al oro autor de todas las venturas; al oro génesis de hechos grandes; al oro que cae como una lluvia de luz en el cuchitril en que la mujer agoniza, el marido blasfema, el niño llora de hambre, y cambia la agonía en salud, la blasfemia en plegaria, el hambre en risa; al oro que da al inventor los medios de sorprender los secretos de la Naturaleza; que en forma de premio Nobel, por ejemplo, estimula todas las grandes actividades intelectuales, provee de recursos a los esposos Curie para continuar sus costosas investigaciones sobre el radium, y recompensa a Henry Dunan su san-

ta idea de la Cruz Roja; que funda escuelas, hospitales, bibliotecas; que lleva por dondequiera la actividad y el progreso; que levanta ciudades allí donde sólo se extendían las arenas movedizas del desierto; al oro, en fin, que ha hecho la suavidad de la seda, la flor de luz de los diamantes, sin el cual las artes no embellecerían la vida, sin el cual ni pensarían los sabios ni cantarían los poetas...

Cuando el autor acababa de corregir su poema, que, en honor de la verdad, era de una incomparable belleza, un día, al abrir al azar una importante revista de París, se encontró, calzado por una firma célebre, un poema igual al suyo: *La canción del oro.* La misma idea, multitud de apóstrofes, de enumeraciones, de imágenes análogas... ¡Hasta el mismo metro!...

El, pues, el desconocido muchacho de América, al publicar su poema, resultaba plagiario. Nadie creería la verdad... Cogió con rabia el manuscrito y lo arrojó al fuego.

Y Valenzuela, al decir esto, poseído de su

argumento, arrojó a su vez la colilla de su cigarro dentro de un almirez cercano.

Hizo una pausa, aspiró una buena ración de aire, estiró los pies, bostezó y siguió así:

—Había un hombre víctima de la enfermedad más extraña de la tierra: todo sonido o ruido exterior vibraba horriblemente en su cerebro, al grado de que los médicos le pronosticaron la muerte irremediable... y repentina. Bastaría un *tutti* de banda de música, un disparo de revólver, un repique a vuelo, para matarlo instantáneamente. Desahuciado en México, fuese a Europa y vió a los principales especialistas sin resultado, hasta que uno de ellos, creo que en Berlín, le aconsejó un casco de cierta substancia especial, aisladora, el cual amortiguaba las vibraciones exteriores a un grado tal, que nuestro enfermo, el mismo día que se lo aplicó, se sintió aliviadísimo; tanto que hasta pudo ir al teatro Imperial de la Opera. Allí se cantaba no sé cuál de las piezas de la tetralogía de Wagner... Oía nuestro hombre embelesado aquella maravi-

lla, cuando, en un *tutti* en que vibraban todos los latones con resonancias divinas, estalló el casco, y el enfermo se desplomó como herido de rayo...

Pero no—interrumpió Valenzuela—; es mejor que te cuente la historia de cierta pobre muchacha novia de un idealista consumado. La noche de las bodas, el idealista, hombre de una fantasía privilegiada, púsose a decirle, a sus pies, mano entre mano, los ojos en los ojos, todo lo que *ella era* (según él, naturalmente), y la describió con un lujo tal de perfecciones y de encantos, y había en él una ingenuidad tal, una fe tal en que ella era *así*, debía ser *así*, que la infeliz, que tenía dos o tres miserias físicas de esas que se esconden mientras se puede, que lo adoraba con toda el alma, y que se aterraba a la sola idea de que dentro de unos instantes aquel edificio de ilusión iba a desplomarse sin remedio, apareciendo ella ante él tal cual era, desnuda de todos los encantos, pretextó algo, salió de la pieza, buscó un puñal y, sobre la propia cama

nupcial, en la noche de las bodas, se dió la muerte.

Valenzuela encendió otro cigarro, se acomodó mejor en su silla, y agregó:

—Pero voy a referirte algo más peregrino:

Existía un infeliz que, a consecuencia de un desengaño amoroso, empezó a sufrir ataques de catalepsia. La menor contrariedad hacíale caer rígido, inmóvil..., y era en vano todo recurso. Había que esperar a veces hasta tres o cuatro días para que volviese a la vida normal. En repetidas ocasiones estuvo a punto de ser desgarrado en un anfiteatro o, lo que es peor, enterrado vivo, y su médico, viendo esto, le aconsejó un expediente tan ingenioso como original: «Tatúese usted en el pecho, con letras demasiado visibles, estas palabras: *Soy cataléptico*: *favor de no hacerme la autopsia ni enterrarme.*» Así lo hizo nuestro hombre, y no parece sino que la tranquilidad de ánimo que le dió este recurso acabó por curarle, pues los ataques se le retiraron por completo. Envalentonado con tal éxito,

resolvió hacer un viaje de recreo. Allí le aguardaba la mala ventura... porque el tren descarriló y nuestro hombre, del susto, cayó en catalepsia. Llevaronle a un hospital, ya tarde. El médico le declaró bien muerto, y el infeliz, cuyo cuerpo nadie reclamaba, pasó al anfiteatro, donde, a la noche siguiente, un estudiante aplicado que aprovechaba bien su tiempo, le hundió el escalpelo... El *muerto* dió un grito, se enderezo, increpó al estudiante diciéndole: «¿No ve usted el letrero que tengo tatuado en el pecho... animal?» Y expiró.

El estudiante acercó su linterna y entre el vello bravío y abundante del pecho, leyó:

«Soy cataléptico: favor, etc...»

—¡Haberlo sabido antes!—murmuró, y siguió destazando el cadáver...

Empezaba yo a dar signos de impaciencia, y advirtiéndolo Valenzuela, insinuó amablemente:

—Pero voy a contarte un asunto que te agradará sin duda; cuestión de un instante, ¡ya verás!:

Has de saber que a un amigo mío le dió hace tiempo por experimentar su fuerza psíquica, sus flúidos, su *od* o como se llame a eso; empezó por ejercitar la acción de su voluntad a distancia, y produjo la hipnosis a innumerables gentes, más aún, a innumerables animales. Dormía vacas, toros, perros, asnos... Y un día, no contento con esto, quiso proyectar su voluntad, ya no sobre los seres animados, sino sobre las cosas inanimadas; el experimento capital que quiso llevar a cabo... fué... ¿a que no lo adivinas?

—No—contesté secamente.

—Fué apagar una vela... no con el soplo, naturalmente, sino con la voluntad.

Encendía noche a noche la vela, colocábala sobre una mesa. Sentábase a cierta distancia y formulaba interiormente, con la mayor energía de que era capaz, esta orden:

—¡Vela, apágate!

¡Pero ni por ésas! La vela continuaba ardiendo como si tal cosa; no sólo sino que allá para su alma negra de pábilo, alrededor de la

cual danzaba como un puñal misterioso su flama, parecía decir:

—Sabio estúpido... vas a ver...

—Apágate, vela. Apágate, vela...—seguía diciendo el sabio. Hasta que una noche...

—¿Qué sucedió?— exclamé malhumorado—: ¿Apagó el sabio la vela?

—No...—respondió Ovidio tranquilamente—: La vela apagó al sabio...

—¡Cómo!

—Sí; éste, a fuerza de mirarla con fijeza, se hipnotizó, quedándose profundamente dormido...

Tomó Valenzuela el último sorbo de café, se rascó la cabeza con un movimiento nervioso, que le era peculiar, y añadió:

—Pero ¡qué diablo! No te he referido lo mejor.

—No, Ovidio—le dije levantándome—; no me refieras ya nada. Decididamente hoy tus argumentos me disgustan.

Y haciendo una profunda reverencia, salí de la pieza.

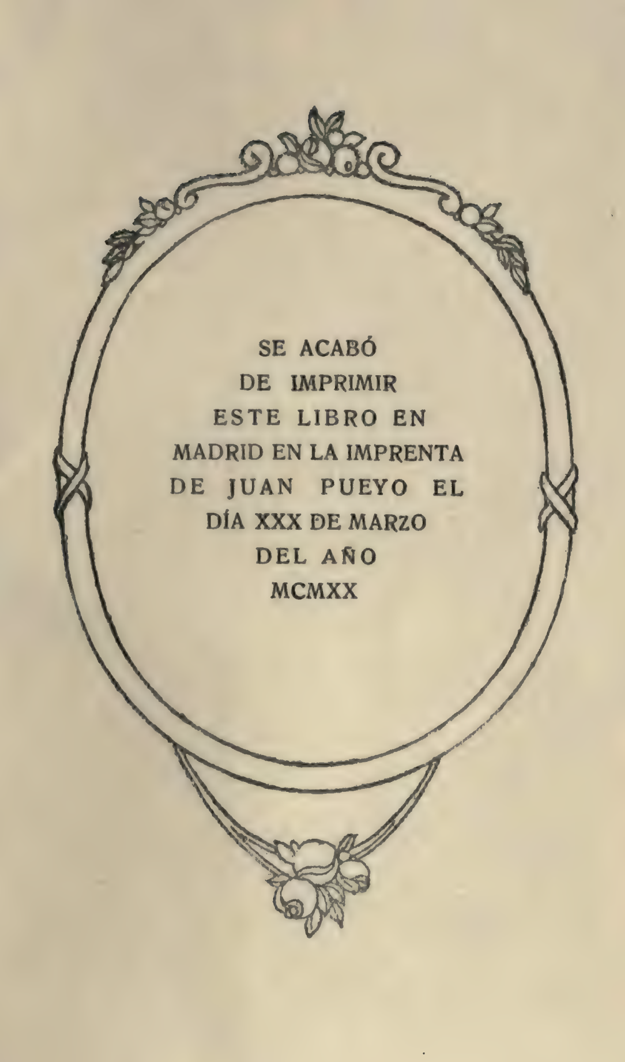
INDICE





ÍNDICE

	Páginas.
AMADO NERVO	9
Lía y Raquel	23
El miedo a la muerte	43
La última guerra	59
Los dos claveles	85
Dos rivales	119
Una esperanza	131
El viejecito	147
Las casas	159
Una humillación	173
«El dominio del Canadá»	189
El final de un idilio	201
Un cuento	215



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO EL
DÍA XXX DE MARZO
DEL AÑO
MCMXX





